













**ELENA**  
**Y ROBERTO.**

*Esta Coleccion de novelas se halla de venta  
en las librerias siguientes.*

|                   |                          |
|-------------------|--------------------------|
| VALENCIA,         | en la de Cabrerizo.      |
| MADRID.....       | Calleja.                 |
| CADIZ.....        | Pajares.                 |
| SEVILLA.....      | Viuda de Vazquez y Comp. |
| GRANADA.....      | Comez Moreno.            |
| CORDOBA.....      | Berard.                  |
| JAEN.....         | Carrion.                 |
| MALAGA.....       | Carreras.                |
| BADAJOS.....      | Patron é Hijo.           |
| SALAMANCA.....    | Blanco.                  |
| CORUÑA.....       | Cardesa.                 |
| SANTIAGO.....     | Rey Romero.              |
| BURGOS.....       | Villanueva.              |
| VALLADOLID.....   | Roldan.                  |
| BILBAO.....       | Garcia.                  |
| VITORIA.....      | Barrio.                  |
| SANTANDER.....    | Riesgo.                  |
| PAMPLONA.....     | Longás.                  |
| ZARAGOZA.....     | Yague.                   |
| BARCELONA.....    | Sierra.                  |
| TORTOSA.....      | Oliveres.                |
| MURCIA.....       | Benedito.                |
| ORRUELA.....      | Viuda de Santamaria.     |
| PALMA DE MALLORCA | Carbonell.               |



Handwritten text in a cursive script, likely a signature or a note, positioned above the main image.



ELENA  
Y ROBERTO,  
6  
LOS DOS PADRES.

NOVELA FRANCESA  
*DE MADAMA GUENARD.*

---

TOMO PRIMERO.

---



VALENCIA  
EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN.  
1818.

*Esta traduccion es propiedad absoluta del Editor. Todos los ejemplares llevarán sellada la portada, y su rubrica al pie de esta nota.*



7641 N 843.5 C

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



ELENA  
Y ROBERTO,  
ó  
LOS DOS PADRES.

---

CAPÍTULO I.

*La velada.*

En las montañas del Delfinado, cerca de Gap, hay un lugar llamado Valarzon, separado, al parecer, de lo demás de la tierra, por las alturas que le rodean, al cual no puede llegarse sino por desfiladeros conocidos única-

mente por los habitantes del país. En este sitio se muestra el valle tanto mas profundo, cuanto sobre las cimas de los montes, siempre cubiertas de una verde alfombra de musgo, donde pacen cabras y ovejas, crecen altos castaños que esconden sus copas en las nubes; mientras mas abajo se crían numerosos ganados de bueyes, que llegan á apagar su sed á un cristalino arroyo, rodeado de sauces y álamos, cuyas ligeras hojas de un verde obscuro, hacen contraste con las magestuosas masas, y las opacas tintas de los espesos ramos del castaño. Aquel arroyo detenido en su carrera, hace dar vuelta á los molinos que animan este sitio delicioso, en que solo se ven algunos campos de maiz y de avena, única cosecha de los po-

bres habitantes ; mas comen alegremente el pan negro que les proporciona , porque sus corazones no conocen deseos ni remordimientos.

Ya habian despojado á los árboles de sus galas los vientos del norte , y la nieve, cayendo á copos, habia obligado á los hombres á buscar un asilo, para ellos y para sus rebaños, bajo sus rústicos techos , contra el rigor del frio: solo el hombre, cuya industria ha sabido robar la luz á la naturaleza , disipa las tinieblas que durante el invierno cubren nuestras regiones cerca de diez y seis horas , y aprisionan en brazos del sueño á todos los seres animados ; pero lejos de que estas largas noches sean inútiles, ven á veces nacer las producciones mas interesantes del ingenio. Tam-

bien en estas noches, que torna el arte humano más brillantes que el sol, es cuando los moradores de las ciudades buscan en vano, en medio de las fiestas, de los espectáculos, y de los bailes, el placer que hallan en sus veladas los de las aldeas.

Era la de Valarzon en casa de la anciana Margarita, que había visto cerca de cien primaveras, y que conservando todavía todas las potencias de un alma vigorosa, apenas manifestaba sus años en el semblante. Hacía cuarenta que se hallaba viuda de un herrero, y su numerosa familia se había derramado por muchas provincias de Francia: los hijos, que habían permanecido en su compañía, habían pagado el tributo que deben á la naturaleza todos los seres; y los de

estos, á quienes ellos establecieron en las cercanías, no pudiendo, muertos sus padres, venir, dejando sus casas, á vivir con su abuela, la habian persuadido que fuese á habitar en la de uno de ellos: empero amaba el lugar donde habia nacido, y les respondió: »Cuando se trasplanta un olmo, desfallece un momento, y luego, haciéndose ya al terreno, crece un árbol vigoroso: mas si intentais arrancar una encina vieja del suelo donde creció, perece en el mismo año: de esta manera, hijos míos, pudisteis vosotros en vuestra juventud dejar á Valarzon para formar útiles establecimientos; pero si yo me apartase de esta aldea, conozco que seria dar fin á mi larga carrera, y que mi muerte seria muy dolorosa, si me viese priva-

da de la esperanza de reunir mis reliquias con la de vuestro padre." No insistieron pues mas ; y únicamente se compusieron entre sí para venir, uno tras de otro, á cuidar de esta respetable abuela.

Nunca habian faltado á esta obligacion hasta el día en que ocupó su lugar la hermosa y jóven Elena , viniendo á establecerse con la buena Margarita. Era hija de uno de sus hijos, que al dar la mano á la hija del hijo de Michant , se habia hecho molinero de Lieursaint , y habia heredado aquel molino tan famoso por haber servido de asilo al mejor de los monarcas ; era el mas jóven de los hijos de Margarita , y el deseo de ver tierras le habia conducido hasta cerca de Fontainebleau. Allí vió á Frasquita,

hija del molinero; el amor le determinó á presentarse por criado del molino; agradó á Frasquita, y su padre se la dió en matrimonio con todo cuanto poseia.

Aunque vivia distante de ellos, Pedro Herbin no olvidó jamas á sus padres; nombrábalos sin cesar á su hijo único Jacobo; este ya amaba, sin conocerla, á su abuela; y la escribian todos los años, el dia de año nuevo, y el de su santo. Casóse Jacobo, y tuvo muchos hijos, entre otros á Elena, que era linda á mas no poder: habíala alabado á Valarzon; y su bisabuela, sabiendo que estaba sola, y no hallándose ella tampoco detenida por ninguna razon, pues que el niño que habia parido hacia unos dos meses, no tenia ya padre, se deter-

minó á ir al Delfinado con su hijo á cuidar de los últimos dias de la buena Margarita , que llena de gozo al verla , se lo manifestó con una ternura que prendó el corazon sensible de Elena. Desde entonces dividió todos los cariños de su alma entre su abuela y su hijo , á quien estaba criando: ni puede decirse á cual de los dos cuidaba con mas afán , por cuanto desempeñaba estas respetables obligaciones de un modo portentoso para su edad , pues no pasaba de quince años.

Como Margarita tenia en su casa una larga cueva , abierta en la roca , se reunian alli por la noche sus vecinas , tanto por ser espaciosa , como porque todos amaban á aquella buena muger , la mas rica de la tierra,

y no podia salir de su habitacion. Había un paño, encima de una especie de estrado, un gran sillón de mimbrés bien relleno; y nunca había venido á sentarse en él con tanto gusto, como desde que se apoyaba en los brazos de Elena, haciéndola poner á su lado con su niño en la cuna á los pies, en tanto que las demás mugeres tomaban asiento al rededor de Margarita.

Poníase sus anteojos la buena madre, leía algunos pasages de la biblia, se los explicaba, y luego decia: divertios ahora, hijas mías; y entonando con voz bastante firme la primera copla de este romance, hacia que todas repitiesen los últimos versos.

## ROMANCE.

1.<sup>a</sup>

De juventud en los días  
Do quier nos sigue el placer;  
Del cariño son las horas,  
Mas un tropiezo temed.  
Amor tendiendo sus alas,  
Vencedor rinde el desden,  
Y de las hermosas rie,  
Cuyo pecho venció infiel.

2.<sup>a</sup>

Yo vi la jóven Temira  
Fresca cual de Abril el mes,  
Que encantaba á los pastores  
Libre y exenta do quier;  
Mas ¡ay! que un zagal prendióla,  
De amor astuto en la red,

Y ora la triste cantiva  
En vano llorar se ve.

De un amante el dulce acento,  
Hijas mías, no atended:  
Mirad bien que vuestro pecho  
Quiere rendir á su ley.  
El egemplo de Temira,  
Inocentes, no olvideis,  
Que es ligero como el viento  
Del delirio el prometer.

Una noche, dijo Justina á Margarita: hace muchos dias que nos habeis ofrecido contarnos la historia de un aparecido, que decis que es muy segura, como que la contó á vuestro abuelo el cura del lugar. — ¡O! sí, es muy segura; pero os dará mucho

miedo ; os lo aviso , porque cuando mi abuelo nos la contaba , soñábamos por espacio de ocho dias unas cosas tan terribles , que gritábamos en la cama , ni mas ni menos que si nos estuvieran ahogando.

---

## CAPÍTULO II.

### *El aparecido.*

Todas las que asistian á la velada dijeron , que aunque estuvieran sin dormir tres meses, querian oir la historia ; y dejando á un lado su torno, cuyo ruido continuo y cansado las estorbaria para escuchar á la buena anciana , guardaron el silencio mas pro-

fundo, con los ojos fijos en ella, y experimentando ya aquel terror que debia causarles la terrible narracion.

En las montañas de Escocia, que estan muy lejos de aqui, porque es preciso atravesar toda Francia, y luego el mar, y toda Inglaterra; pero no le hace á la historia, que no por eso es menos segura; como que el cura que se la dijo á mi difunto abuelo era irlandes, y niño de coro cuando sucedió esta trágica aventura, cien años antes poco mas ó menos; pero se sabia por tradicion.

Habia un baron que tenia una muger muy hermosa, de quien estaba enamorado, perdido, y aun mas celoso, aunque con ninguna razon, porque era como hermosa, honesta: pero como desde que se habian casa-

do estaba triste y melancólica , buscaba la soledad , no gustaba mas que de cantos dolorosos , huia de las diversiones , y únicamente se prestaba á los cariños de su esposo , en cuanto se veia precisada por la obligacion, estaba persuadido de que allá en su corazon tenia amor á otro. Sin embargo , al castillo no venia nadie , y todo el dia la rodeaban sus doncellas y sus escuderos , los cuales afectos todos al baron , no habrian consentido cosa alguna que ofendiese su honor : lo que hace á la noche , la pasaba en el lecho de su esposo. Para no perderla un momento de vista, habia conseguido retirarse del servicio, y jamas se ausentaba de su casa, donde le tenian aprisionado el amor y los celos : expiaba los suspiros de su cau-

tiva; y si veia alguna vez sus hermosos ojos abatidos por el dolor, envidiaba la fortuna del rival venturoso que ocupaba su pensamiento en aquel instante. En vano Melinda, así se llamaba la esposa del baron, hacia esfuerzos para ocultar el pesar que la daba muerte; no podia vencerle: pesares de amor, aun me acuerdo, son difíciles de ocultar. Arbuthnot tenia un alma dura y feroz; no se sabia como habia amado á su muger, siendo así que hasta los cincuenta años, no habia encontrado objeto alguno que le rindiese; mas si los hechizos de Melinda inflamaban sus sentidos, sus suaves virtudes no tenian imperio alguno en su pecho. No creia que hubiese muger ninguna fiel, y en esto padecia mucho engaño; y no pen-

saba libertarse de la desgracia de ser burlado , sino celando á la suya continuamente ; y aun padecia mas engaño en esto , porque ya se sabe que sujecion despierta deseo de mudar: pero Melinda no se acordaba de tal; y aunque su esposo la parecia viejo, feo y malo , miraba á los demas hombres con la mayor indiferencia.

Uno solo , uno solo habia reinado en aquel corazon noble y sensible: mas habia faltado á sus juramentos, y enitada le habia esperado dos años, antes de dar su consentimiento al baron. El gentil caballero no volvió; ni ¿que es de estrañar? era frances , y frances y mudable es todo una misma cosa. Pero si su ausencia , y su falta de fe dieron aliento á Melinda para obedecer á su padre , y casarse

con el baron , su corazon fue del infiel siempre , porque le habia amado, y no amaba mas que á él. Vive en paz , Arbuthnot ; el amor de Melinda á Homfredo la defiende mejor que tus torrecillas, tus puentes levadizos, tus doncellas y tus escuderos ; y si Homfredo no vuelve jamas á Escocia, jamas placeres de amor llegarán á turbar tu himeneo. No la quedaba de su amante mas que un brazalete de sus cabellos , y la promesa , firmada con su sangre , de que vendria , antes de espirar el año , á pedirla á sus padres : ella habia contado los dias y los meses de aquel año , y Homfredo no volvió ; pasaron otros dos , y tampoco vino. En fin , como creo que ya os lo he dicho , pero en mi edad se repiten las cosas , se casó con Arbuth-

not, y ya tres veces engalanó los bosques la primavera, entorno de su antiguo castillo, sin que el canto del ruiseñor pudiese suspender sus dolores; que la vanidad puede hacernos castigar á un infiel, pero no olvidarle. Todos los dias, antes que se levantara su esposo, se encerraba en la capilla, donde habia escondido en un lienzo de pared el brazaletc y la promesa de Homfredo: besaba aquel, y leia de nuevo esta, y alternativamente disculpaba á su amante, hacia votos por su ventura, y exclamaba: ;no la hay sin él para Melinda!

Pasaron así tres años; y Arbuthnot cada vez mas feroz, y Melinda cada vez mas triste, manifestaban cuan infelices son los grandes que se casan como compran un castillo, por-

que es provechoso á sus ambiciosos proyectos. No habian tenido aun hijos , con mucho sentimiento del baron , que era el postrero de su linage ; y con mucha satisfaccion de Melinda , cuyo corazon herido de amor, no sentia deseo alguno de ver estrechar sus lazos con un hombre que era su tirano mas que su esposo. No obstante, tuvo indicios seguros de que la naturaleza , á pesar de su corazon, iba á hacerla madre ; y estaba en el segundo mes de su preñez , cuando una noche oyó al otro lado de los anchos fosos , que circuian el castillo, cantar así.

## CANTO DEL TROBADOR.

## ENDECHAS.

De un trovador los ayes  
 Oid, y el triste amor;  
 Tornaba á ver su amada,  
 Mas tierno y fiel en vano la adoró.

2.<sup>a</sup>

A la hermosa, á quien sirve,  
 Vino en dulce ilusion;  
 A verla voy, decia,  
 La amo, y responde amante á mi  
 pasión.

3.<sup>a</sup>

¡Ay! ¡trovador cuitado!  
 Que esposo ella tomó:

25 .

Baron rico y celoso,  
En su castillo altivo la encerró.

4.<sup>a</sup>

De torres, de hondos fosos;  
Y de armas la ciñó,  
Y entre ferradas puertas  
Creó seguro el bárbaro su honor.

5.<sup>a</sup>

¡Ay! sepa la señora  
Del triste trovador,  
Que amor aquí le trajo;  
Que aquí llorando, y siempre fiel  
cantó

6.<sup>a</sup>

Y si esos altos muros  
La ocultan á su ardor,

Llegue á su pecho , al menos,  
Doliente y tierno el eco de su voz.

7.<sup>a</sup>

No ignore la que adora,  
Que hasta el sepulcro amó,  
Y que á su infiel dejando,  
Podrá morir, mas olvidarla no.

Era tan suave la voz que cantaba , y resonaba de tal manera en su corazón , que creyó conocerla. ¡Dios mio! decia en voz baja , ¡ si fuese él ! ¡ Ah ! ¡ plegue al cielo que yo me engañe ! ¡ Homfredo ! ¡ querido Homfredo ! ¿ quien me dijera que querría verte inconstante ? Al fin no pudo resistir al deseo de asegurarse si era una ilusión. Álzase del lecho , donde Arbuthnot dormía profundamente , y a-

cercándose á la ventana, descubre á un soldado: palpítala el corazon, vacila, y cae al suelo, arrastrando al caer un velador, encima del cual habia un *candelabro*, y haciendo tanto ruido que Arbutnot se despertó. Mañana es diré lo que sucedió: está dando el reloj la una, y es hora de acostarse, ademas de que el candil no tiene ya casi aceite. En vano la regaron Elena y sus compañeras que acabase la historia, ó á lo menos no dejase á la pobre Melinda en el suelo: no hubo remedio, porque en diciendo Margarita una cosa, no volvía atras. Se apoyó en el brazo de Elena, que en el otro llevaba á su niño: dió Margarita á sus vecinas las buenas noches, y se fue á acostar. Elena pensó en Melinda, en el jóyen soldado,

ý dijo entre sí: ¡que pena, á los diez y seis años renunciar al amor!

---

### CAPÍTULO III.

*El otro dia.*

**T**odavía no era de noche, cuando ya todas las mugeres del lugar, que habian procurado acabar presto sus labores, ó las habian dejado á medio hacer, se hallaron reunidas en la cueva de Margarita, á quien Elena rogaba que fuese allá: tanto deseaba saber lo que habia sucedido en el castillo; pero la abuela no acudió á la velada ni un minuto antes de lo acostumbrado. Bien la hubieran perdonado.

do la lectura, y el romance; mas la buena muger, que era metódica, no dispensó ni una copla siquiera, y como no proseguia la historia, todas las mugeres se miraban, y decian: que, ¿no sabremos el fin? Elena apoyándose en sus rodillas, la dijo: pues, madre mia, ¿que hizo ese cruel Arbutnot, despues que estuvo despierto? ¿Que hizo? repuso la vieja: ahora no me acuerdo; pero paciencia, que ya me vendrá á la memoria: en más años es fácil olvidar lo que se ha dicho un cuarto de hora antes; mas cuesta poco recordar lo que se aprendió en la juventud.

Decia, pues, que el ruido que hizo Melinda, dejando caer el velador, y el candelabro, despertó á su esposo, quien creyendo que eran ladro-

ues , cogió su gran sable , que estaba á la cabecera de su lecho ; y luego tentando , y no encontrando á Melinda , se llenó de otro temor. Arrojóse del lecho , llamándola á voces , pero la infeliz no le oyó : corre precipitado por el aposento para llegar á la puerta , y ver si estaba cerrada ; tropieza , empero , en los muebles que estan en el suelo , cae , y se hace una ancha herida en la frente. Siente correr su sangre , y se enfurece , y se agita ; y cogiendo á su muger del brazo , se lo sacude con violencia , preguntándola qué hace en tierra , y por qué ha dejado el lecho. Melinda continúa desmayada , y no le responde. ; Entonces dando entrada el enojo al amor , la cree muerta , la llama hácia sí , y hallándola insensible y he-

lada , redobla su terror : se olvida de todo para pensar solamente en Melinda ; nómbrela á gritos , y su voz resuena en las espaciosas galerías del castillo ; acuden los criados ; pero la puerta está cerrada por dentro. Él no se puede levantar para abrir , manda que la derriben , y bien presto se lleva el aposento de hombres y mujeres con hachas. El ruido que hacen al entrar, el resplandor de la luz, reaniman los sentidos de la esposa del baron, que viendo á su marido bañado en sangre , exclama : ¡cielo! ¿estais herido? ¡ha muerto! ¿donde está? y vuelve á desmayarse otra vez. Estas palabras , que cualquiera otro habria juzgado efecto de un violento delirio , le parecieron á Arbutnot una prueba evidente de su deshonor,

y pasando de nuevo de la compasion á la rabia , manda que la lleven á la torre , y que recorran todo el castillo para ver si hay alguien escondido en él, y que al momento que le prendan, le conduzcan á su presencia cargado de cadenas. Melinda trasladada á aquella torre horrorosa , fue entregada al cuidado de la nodriza de Arbuthnot , que era casi tan vieja como yo ; pero cuya alma, como sucede con harta frecuencia , no habian endurecido los años. — ¡ Ah ! vos probais lo contrario , la dijo Elena tomándola la mano , y llevándola á sus labios : ¿ quien hay mejor que vos ? ¿ Quien es mas sensible ? — Es verdad , replicó la vieja , lo soy todavía ; mas no tanto como cuando era jóven : es preciso para serlo ahora bastante , ha-

berlo sido entonces con mucho extremo.

Pero en fin la buena nodriza amaba á Meliuda mas , sin comparacion, que á su viejo hijo de leche ; usó, pues , de todos medios para hacerla volver en sí , y mas todavía para calmar la impresion que debia causarla el hallarse en aquella triste mansion. La hermosa señora no sabia si soñaba , si algun genio maléfico la habia trasladado á aquella lóbrega habitacion , porque no entraba en ella la luz mas que por unas rejas , que estaban á quince pies de altura. Por último , conociendo á Gertrudis , la pidió que la recordase los sucesos anteriores á su prision ; pero la buena muger la dijo : los ignoramos : los hemos encontrado con el señor tendidos

en el suelo, él con una gran herida en la frente, vos sin sentido, y los muebles tirados por el aposento. — ¡Ah! ya me acuerdo: me había levantado, porque había sonado en mi oído una voz tan dulce, tan dulce....! y á la pálida claridad de la luna, me pareció que veía un soldado como...; pero no, no puedo dudarlo; hace seis años que ha muerto. Acaso será su espíritu, dijo la vieja, que vendría á visitaros; mas decís que cantaba, y yo no he oído nunca decir que los espíritus canten. — ¡O! sí, cantaba, estoy bien segura. — Pues el señor le habrá oído. — Creo que no: mi esposo dormía cuando yo me levanté, y yo me levanté cuando ya no cantaba. — Pero le habrá visto: y ¿donde estaba? — A la otra parte de los fo-

sos. — No le ha visto, señora; porque ha dispuesto que le buscasen en el castillo; y además no se ha enfadado hasta que habeis dicho, al volver del desmayo: ¿estais herido? ¿ha muerto! ¿donde está? — ¡Ay Dios! ¿es posible que me haya descubierto de esa manera? Aya mia, no forméis mal concepto de mí; os juro que estoy inocente; que no he ofendido á mi señor, y mi esposo; y que si me da muerte, moriremos injustamente su hijo y yo. — Mas decidme, venerada señora, ¿quien es ese soldado? — Si me dais palabra de no descubrirlo, os contaré la historia de mis amores, ó mas bien, de mis desgracias. Gertrudis se lo prometió; y Melinda la contó lo que ya os he dicho. La nodriza tomó mucha parte en sus penas,

y la ofreció averiguar si su amante, ó el espíritu de su amante, habian venido á cantarla las endechas: ademas se convinieron en que si su marido la preguntaba, no responderia mas que palabras sin orden, y le persuadirian que lo que habia cila dicho, era efecto de locura.

Entre tanto Arbutnot, á quien sus criados habian levantado, y vuelto á su aposento, se hizo curar, mientras que hacian el mas exacto registro, sin hallar á nadie, lo que causó gran furor al baron. Que me traigan á la nodriza, dijo, y que me cuente lo que haya observado. Vino la buena Gertrudis, y aseguró que la señora tenia una calentura terrible, ó habia perdido el juicio; porque mirad, señor, dice cosas que no tienen senti-

do comun. ¿Pues no queria ahora mismo que me fuese para venir á daros de mamar? y luego me preguntaba si os habia hecho la comida; y despues nombraba ladrones, espíritus: ¿que sé yo? Sin duda la habeis dado miedo. — No, á fe mia, Gertrudis; ella se levantó mientras, yo estaba dormido. — Es que sea dicho aqui entre nosotros, querido hijo, á pesar de todo el respeto que os debo, á veces sois un poco colérico. — Dígoles que estaba dormido. — Perdonad; pero me parece imposible que sin haber tenido algun susto, haya perdido tan presto el juicio. — Yo iré á preguntarla. Gertrudis volvió á la pobre señora; poco la importaba el enojo de su marido: morir para un desgraciado, es descansar despues de un lar-

go y penoso camino; pero la importaba mucho saber qué se habia hecho el soldado. Con pretexto de ir á la aldea inmediata, donde vivia su hermano, partió al anocheecer Gertrudis; y pasando por un bosque, cerca del castillo, descubrió un hermoso jóven dormido al pie de una encina; su casco estaba alli al lado, y tenia puesta la espada. Receló la vieja que era el soldado; y acordándose de los dos últimos versos de las endechas que la habia enseñado la esposa del baron, empezó á cantar.

» Y que á su infiel dejando,  
» Podrá morir, mas olvidarla no.”

Conociendo Homfredo las endechas que habia compuesto, y cuyo tono le

habia despertado, se restriega los ojos, y se pasma de oirlas de una boca ajada ya por la edad.

Buena madre , la dijo , ¿quien os ha enseñado esa cancion? — Una señora hermosa , y desgraciada , para quien la habeis compuesto. — ¿Será posible? ¡Dios mio! ¿Me oyó la ingrata? Y Gertrudis le contó todo lo que habia pasado en el castillo; el dolor de Melinda, el enojo de Arbuthnot , y la creencia en que aquella estaba de que se la habia aparecido su sombra. Al saber que aun era amado, experimentó Homfredo una gran alegría; mas le hacia morir el pensamiento de que el objeto de sus mas tiernos cariños estaba en poder ajeno. ¡Ay! buena madre , decia á Gertrudis, ¡si pudiese verla solo un mo-

mento , un momento no mas , seria el mas dichoso de los mortales! — ¿Que es lo que decís? gentil caballero; ¿sabéis que arriesgáis vuestra vida, la de mi venerada señora, y la de vuestra criada? El señor Arbuthnot no tendria escrúpulo alguno en darnos la muerte: ¡si hubiescis visto que furioso estaba! — No importa, amada Gertrudis, es preciso que yo vea á Melinda, ó que muera. — Es menester esperar á que la saquen de la torre: me ocurre una idea que os participaré dentro de unos dias. — Pero ¿cuando podré veros? — De aqui á tres dias; y dejóle la vieja. Y yo tambien dejo la historia, dijo Margarita, porque estoy cansada; mañana la acabaremos.

## CAPÍTULO IV.

*El soldado.*

La misma ansia tuvieron Elena y sus compañeras en acudir á la velada, y la misma lentitud la buena Margarita en comenzar su narracion. Por fin, dijo á Elena: ¿en que estaba?— En la promesa de Gertrudis de volver á ver al gentil caballero.

Luego que se apartó de él, volvió donde estaba Melinda, que no podía creer que Honifredo hubiese estado seis años ausente de Escocia, ni que volviese de soldado raso, y mas enamorado que nunca. Enojóse mucho de que la nodriza le hubiera prometido una cita, y en realidad en su

corazon aun mas , de la imposibilidad de cumplirlo : hablaba virtud en voz alta , y amor se estaba callado ; mas no era amor quien menos podia . No os contaré todo lo que pasó , cuando el baron vino á preguntarla ; ni como Melinda se fingió loca , de modo que el mal señor se persuadió , de que lo acaecido por la noche consistia en el trastorno del juicio de su muger , atribuido por los médicos , que se llamaron , á su estado de preñez , suponiendo que duraria hasta el parto . Entonces la hizo llevar otra vez á su aposento , y como fingia no querer junto á ella ninguna de sus doncellas ni de sus escuderos , y aun menos á su esposo , mandó á Gertrudis que no se separase un paso de ella . La acompañaba , pues , á la capilla , donde como

he dicho, iba Melinda todas las mañanas: mas ya no la hablaba de ver á Homfredo, ni Melinda se atrevia á preguntarla que habia sido de él. La buena nodriza sí habia ido al bosque el dia señalado; y lo que dijo al caballero, lo vais muy presto á saber. ¿No habeis estado nunca en la capilla subterránea, donde reposan los antepasados del señor? dijo Gertrudis. Nunca, respondió Melinda. — Pues bien, mañana quiero llevaros á ella, y á los subterráneos con que tiene comunicacion. — Y ¿por que no me lleváis hoy? — No, mañana; no tengo las llaves. Melinda esperó el otro con un ansia extremada, recelando alguna cosa del intento de la buena vieja; pero guardándose de decirlo, porque el honor la hubiera obligado

á oponerse á los designios de la nodriza : calló, pues, y aguardó al otro dia. Asegúrase que se levantó mas temprano de lo que acostumbraba , y no por eso fue mas presto á la capilla; porque jamas tardó tanto en componerse el tontillo , y la gola : los rizos de su cabello no caian con bastante gracia sobre su frente ; y veinte veces se quitó y se puso su toca , cuyas plumas ondeantes no jugaban á su gusto. Deseo de agradar y honestidad suelen juntarse en el corazon de las mugeres ; pero no olvideis , hijas mias , que deseo de agradar continuo acaba, al fin , con la honestidad ; porque viénese á amar , ¡y amar , y sacrificarlo todo al objeto amado , está tan cerca uno de otro....! No penseis, no obstante, por esto que Melinda no

era virtuosa ; todo tiene su excepcion. Vedla , pues , hermosa como el mas hermoso dia , siguiendo á la capilla á Gertrudis , palpitándola el corazon ; y queriendo , y no atreviéndose á hablar. La vieja que sabe cuan preciosos son los momentos , levanta una trampa que habia visto otras veces , y Melinda baja con ella , por una escalera medio derruida del tiempo y de la humedad ; mas la vieja , que encendió su linterna en la lámpara de la capilla , la va alumbrando. Ya estan en la bóveda donde descansan , hace tres ó cuatro siglos , los Arbuthuots ; y túrbanse sus sombras al ver bajar á su morada á la esposa del vástago postrero de su linage , no para honrarlas , sino para ver á su amigo.

Melinda creyó que oia , y yo pien-

so que no se engañaba, un murmullo semejante al ruido lejano de las olas del mar: tembló; mas Gertrudis la tranquilizó, diciéndola que los muertos pedían oraciones, y prometiéndoselas, callarian: Melinda prometió cuanto ella quiso: ¿que no prometeria por ver á Homfredo? Ábrese al fin la puerta de los subterráneos; pasan, y la cierra ótra vez la vieja, temiendo ser sorprendidas; y persuádese aun mas Melinda, que su amigo no está distante: en efecto, apenas dan algunos pasos por aquellas bóvedas dilatadas y tenebrosas, divisan el resplandor de las armas de Homfredo. Corre por sus venas un temblor imprevisto, y faltóla poco para perder el sentido; pero la sostuvo su amigo, y la prestó aliento: y ol-

vidando un instante los vínculos que los separaban eternamente , volvieron á hallar en verse la felicidad de sus años primeros. Supo Melinda que Homfredo , prisionero en Alemania, no habia podido pasar á Escocia , y que habia venido al momento que se halló libre : mas sabedor de su matrimonio , se habia alistado en un regimiento irlandés , que iba á marchar para la provincia de..... ; que habia andado errante entorno del castillo , y no viendo á Melinda , se habia aventurado á cantar debajo de sus ventanas. No podia ella consolarse de haber dudado de su amante , y de haberse privado de la ventura suprema de vivir para él : persuadióla que le siguiese , rompiendo unos lazos que desconocia el amor ; pero Melinda des-

echó sus ofertas , no porque su corazón no se las mostrase harto dulces; y temiendo que una ausencia mas larga causase recelo , pidió á Gertrudis que la volviese á su aposento; mas en el punto de separarse para siempre de su amante , se sintió desfallecer la pobre señora. Por lo que hace á Homfredo , su desesperacion no se puede explicar; y fue preciso que ella le ofreciese volver al subterráneo , aunque no fuese mas que una vez ; y la juró que si lo rehusaba , iba á darse muerte á su vista. Gertrudis lloraba de verle tan afligido , y rogó á su señora que concediese este favor al caballero , con tanta mas razon , dijo , cuanto nada hay que temer ; porque nadie sabe que estos subterráneos tengan comunicacion con el bosque , pues

yo lo he sabido por mi abuelo, que era el único sabedor de esto, y ha muerto sesenta años hace. ¡Que difícil es resistir á un amante cuando pide lo que nuestro corazón desca! Melinda ofreció al fin dejarse llevar por Gertrudis; y bien mal la vino á ella, y á su amante, el haber consentido. Como Homfredo tenía que ir á diez leguas de allí, donde estaba el ejército, para no causar sospecha con una ausencia demasiado larga, quedaron en que no se juntarian otra vez hasta pasados diez dias: y sellando su promesa con un casto beso que Homfredo imprimió en la mano de Melinda, se separaron los dos amantes. Melinda y la nodriza atravesaron la bóveda; subieron otra vez á la capilla, cuyas puertas encontraron cerradas

como las habian dejado , y se convencieron de que nadie habia estado en ella mientras que hablaban con Homfredo. Mas la costaba á Melinda disimular su alegría que su tristeza , y las rosas de la esperanza animaban ya su tez , cubierta hacia tanto tiempo con los lirios de la melancolía.

Observaba Arbuthnot con las penetrantes miradas de los celos ; y era fácil advertir que ya no creia en su pretendida demencia ; mas sin embargo no hizo mudanza alguna en lo que habia mandado á Gertrudis. Esta iba, como siempre, á la capilla con su señora á la hora acostumbrada ; y al fin llegó el dia diez , cuya aurora vió Melinda con un presentimiento de dolor. Hubiera hecho decir, con gusto , á Homfredo que no podia ir

á los subterráneos; pero Gertrudis no podía salir sin que la vieran; era dable que la siguiesen; no tenía tampoco motivo para ir sola á la capilla; y ademas no volver á ver á su amigo.... pensaria que ya no le amaba, y quizá moriria de pena. Pesares de amor afligen mas por el corazon del amante, que por el nuestro mismo. Dícela Gertrudis que ha dado la hora, y que esperará el caballero: ya lo sé, responde Melinda....; ¿y si mi esposo nos sorprendiese...? — No hay ningun peligro. Creyó á la vieja, bajaron á la bóveda, y entraron en los subterráneos: pero apenas se habían asegurado de nuevo aquellos tiernos amantes, que no cesarian de amarse hasta el postrer suspiro, advirtieron al otro extremo del subterráneo un

gran resplandor. Melinda llena de espanto se arrojó en los brazos de Homfredo, y recibió en ellos la muerte de su bárbaro esposo, que precipitándose repentinamente sobre los dos desventurados, los atravesó con su espada: cayeron bañados en sangre, y se confundieron sus últimas miradas. Asi dieron fin Melinda y Homfredo, castigados del cruel por una imprudencia como por un delito; y ni con esto sació su rabia; antes sin tener compasion de los años de Gertrudis, ni gratitud de los cuidados que le prodigó en su niñez, la hizo sacar arrastrando del subterráneo, y mandó que la colgasen de un árbol que daba sombra á la entrada; pero primero que espirase, la dijo: pensabas, infernal seductora, que no ha-

bian de descubrirse tus delitos, y los de Meliuda; mas yo entré en la capilla un dia que mi pérfida esposa, á quien yo suponía orando, estaba con ese malvado: no la hallé en el oratorio, y haciendo las mas exquisitas diligencias, supe que ese subterráneo tenia comunicacion con el bosque: hícele guardar con cuidado por espacio de diez dias, y al fin los cogí en el lazo. Murieron, y tú vas á morir. Murieron inocentes, repuso la vieja, y pongo por testigo de ello al cielo; y tú has ahogado en el seno de tu esposa sin ventura, el único heredero de tu nombre, porque no tendrás mas hijo, y tu vida será mas dolorosa que la muerte. Volveremos á estos subterráneos, sí, volveremos, y no te consentiremos un instante si-

quiera de descanso. El baron hizo señas de que terminasen su suerte: ejecutáronse sus mandatos, y la enteraron en los subterráneos con Melinda y su amante.

Retiróse Arbuthnot con la feroz alegría del tigre cuando acaba de destrozarse su presa; y reuniendo á sus jueces, les ordenó que formasen un proceso con fecha anterior, en que condenasen á muerte á Melinda y á Homfredo: á aquella por haber sido sorprendida en adulterio con un soldado; y á este y á Gertrudis como cómplices, que merecian la propia pena. Examináronse los testigos, y se supuso ejecutada la sentencia mas de tres dias despues de la muerte de aquellos desdichados. De esta manera dió el monstruo á su asesinato una

forma legal; pero si el baron se puso á cubierto contra la justicia humana, la divina no cesó de perseguirle hasta el postrer suspiro. Cuarenta dias despues de su horroroso hecho, se empezaron á oir gemidos que salian de los subterráneos, parecidos á los vagidos de un niño recién nacido; luego un murmullo de voces que conversaban, sin poderse entender lo que decian.... Arbuthnot no queria creerlo; pero entró en la capilla, y se convenció: mandó sellar la trampa que bajaba á la bóveda, y cerró la entrada del subterráneo por la parte del bosque. Redoblaban los gritos, sin dejales un momento de descanso; y las doncellas y los escuderos que habian declarado contra Melinda, les tenían continuamente en su oido, en

tanto que el limosnero que no quiso firmar, nada oía. Mas aun fue peor al cabo de un año: viéronse llamas azuladas que discurrían, sin quemar cosa alguna, por todos los aposentos del castillo; sintiéronse ruidos de cadenas, temblores de tierra que destruyeron la torre donde estuvo encerrada Melinda; y abrióse un abismo que vomitando torbellinos de humo, tragaba rebaños enteros. En vano hacia Arbuthnot rogativas; volvíanse, al parecer, en su daño; por fin, prometió ir á Jerusalem, pero no logró mas quietud, antes al contrario, porque..., mirad que esto hace temblar.... Al oír estas palabras, las buenas aldeanas, que desde que Margarita habló de ruidos subterráneos, habían comenzado á apegar-se unas á otras, se pu-

sieron á temblar como las hojas , y sin embargo no habrian querido , por cuanto hay en el mundo , que Margarita interrumpiera su narracion. Continuó , pues.

Arbuthnot , encerrado en su aposento con su limosnero , que le estaba diciendo oraciones , vió abrirse de repente el suelo , y salir una figura desmesurada de doce ó quince pies de alto , que traia en las manos el niño que Melinda llevaba en su vientre cuando murió , y le arrojó á los pies de Arbuthnot : presentóse luego Melinda , suelto el cabello , y vertiendo todavía sangre de su herida , y cogió al niño , y le estrechó contra su corazon ; y al fin dió un gemido tan lastimoso , que no pudo Arbuthnot dejar de derramar lágrimas. Dió la me-

día noche, y se presentó el soldado....

Media noche daba á este tiempo el relox de la aldea de Varlazon : abrióse la puerta , y vieron entrar un soldado : vieron , ó por mejor decir, no hicieron mas que divisarle ; porque todas las mugeres tuvieron tal miedo , que se cubrieron los ojos con las manos ; y aun algunas , mas atemorizadas , quisieron huir , y dejaron caer el candil. Entonces, una vez suave y sonora preguntó, por qué se asustaban tanto, cuando él no tenia intencion de hacer mal alguno ; pero nadie respondió. Al fin Elena , que estaba muy bien educada , como que siempre habia sido compañera de la hija del señor de Lieursaint , y que no participaba del temor de sus amigas, le dijo : ¿quien sois ? porque ya pien-

so que no sois Hamfrido. — Mi nombre es Roberto; vengo del ejército de Italia; me he perdido en vuestras montañas; y ya muriéndome de hambre y de frío, he descubierto esta luz, y he entrado á pedir os hospitalidad. No te fies, Elena, decia la vieja Mariana, eso lo dice para tranquilizarte; pero ya verás como es el amante de Melinda. — Y yo os afirmo que no conozco á esa señora Melinda, que no soy amante de nadie, y á fe mia, estoy demasiado cansado para pensar en el amor por ahora: mas si me lo permitis, tengo eslabon, volveré á encender el cándil, y os convencereis de que únicamente soy un pobre hombre, muy necesitado de vuestro auxilio. Yo os ayudaré, dijo Elena, á buscar el candil, caballero: se habrá der-

ramado el aceite , pero por fortuna aun queda en la alcuza.

---

## CAPÍTULO V.

### *La simpatía.*

**Y** Elena busca el candil , y búscale tambien el soldado , y encuentra su mano : circula por sus venas un fuego imprevisto ; y admírase de hallar, en una reunion de aldeanas , tan delicada cutis, y tan lindos dedos. Ella, por su parte , quisiera retirar la mano, y parece que la detiene un hechizo ignorado. Vamos, dijo Margarita , ¿encontrais ese candil? — Todavía no, mamá ; pero si uno de los bra-

zos mas monos. Acabad, acabad, caballero.—¿Con que no es un espíritu? dijo Mariana con voz temblona.—¿Acaso los espíritus tienen cuerpo? Por fin, ya está aquí ese candil maldito: ¡vaya! ¿quereis hacérmele perder otra vez? Os digo que me dejéis. En efecto, Roberto queria aprovecharse de la obscuridad para coger otra vez á aquella, cuya mano parecia tan hermosa al tacto; pero Elena se huyó, y vino á ampararse de su bisabuela, mientras que Roberto, haciendo saltar la chispa de la piedra, reparó el desórden que causó con su llegada. Luego que el candil encendido hizo distinguir los objetos, se miraron nuestros jóvenes con recíproca admiracion: y á la verdad, ambos parecia que estaban disfrazados;

la una con el vestido de aldeana, y el otro con un uniforme casi raído. No había cosa que pudiese compararse con las modestas gracias, y el ademán noble y desembarazado de Elena; ni Roberto la cedía en cuanto á presencia elegante y distinguida. Ella debía su educacion al cuidado de la señora de Lieursaint, y de ella procedía su mérito; y él era hijo único de un banquero de Paris, sumamente rico, y había sido arrebatado por la requisicion á sus padres que le adoraban. Conservaba bajo el uniforme el tono decente, y las amables modales que le había enseñado su madre, la mas cariñosa y respetable de su sexo. De la admiracion, pasaron muy presto al gusto de mirarse, y se parecieron uno á otro hermosos. Ro-

berto explicó lo que sentía con una lisonja muy delicada; Elena no dijo nada; pero se sonrojó, y sonrojándose, se puso mil veces mas linda. Las demas aldeanas que veían claramente que Roberto era algo mas que la sombra de un hombre, se acercaron todas á él, haciéndole mil preguntas: ofreciéronle, viejas y jóvenes, todas juntas, cuanto podia necesitar. Elena no ofreció nada, mas fue á buscar á casa un queso, una torta, y vino. Perdonad, caballero, dijo poniéndose colorada, si os presento tan frugal comida; porque en una pobre aldea, y á media noche, no es fácil buscar cosa alguna. — Doncellita, todo es excelente, viuiendo de tan linda mano, y teniendo buen apetito. — Mi hija es viuda, replicó Margarita. — ¡Co-

mo! ¿tan presto? ¿cuanto sentiria la vida el que la muerte separó de vos! Nuestros dias estan contados, repuso la vieja. Corta el arado la flor apenas nacida, y otras vegetan, y no mueren hasta mucho despues de maduras. Murió el padre de este niño, cuando aun era de provecho, y yo que para nada valgo, todavía estoy en el mundo. ¡Para nada! exclamó Elena precipitándose á los brazos de su abuela: ¡ay! ¿que seria, si os perdiese, de vuestra Elena?—Pues ese es mal que es preciso esperes, y aun que te acostumbres....—¡Jamás! ¡jamás!

A pesar del hambre apenas comia Roberto, tan admirado estaba de cuanto miraba. Si la sensibilidad y las gracias de Elena le sorprendian

por un lado , no le parecia por otro menos tierno su cariño á su abuela, que le acordaba el que él profesaba á su madre ; pero lo que encontraba mas extraordinario era oirla hablar en muy buenos términos , y aun explicarse con cierta finura , no comun entre las mugeres mejor educadas. La misma observacion hacian respecto de Roberto , Elena , y aun Margarita ; porque este no creia que el vestido militar autorizase á un hombre para ser descortés con las mugeres , usando de expresiones groseras , como si toda la energía de la conversacion consistiese en juramentos que nuestros jóvenes repiten hoy , sin ninguna atencion á un sexo , que en otro tiempo hubiera desterrado de su compañía á cualquier hombre capaz de

valerse serenamente de palabras, que á lo mas son disimulables en un arrebato de cólera. El habla de Roberto era cortés, sin lisonja, y con facilidad se advertia que habia tenido finísima educacion: por lo mismo, no vaciló Margarita un momento en ofrecerle alojamiento en su casa; el cual aceptó él, menos porque la casa de la abuela de Elena pareciese la mas cómoda del lugar, que por dilatar los instantes de ver á la jóven aldeana. Todas las demas sintieron no alojarle; sus maridos quizá no lo desearan tanto, porque Roberto era el muchacho mas lindo que se puede ver; bella estatura, mas que mediana; ojos rasgados, negros y vivos; hermosos dientes, y una frente donde se retrataban la franqueza y la alegría, se daban to-

dos los medios de agradar. Así es que hizo una impresion profunda en el alma de la pobre Elena. Llevóle á su aposento, quedándose cerca de la puerta, con mucho sentimiento de Roberto, que habria deseado hacerla entrar, y tener con ella un instante de conversacion : volvió á acostar á su abuela, y se retiró á un cuartito que ocupaba con su niño. Decia entre sí, sentándose tristemente en su lecho : ¡que dichosas son las que conservan su libertad, y cuyo corazon exento de pasiones, ve pasar los dias sin deseos ni remordimientos! Pero yo que he terminado mi carrera, al dar en ella los primeros pasos, ¡cuanto no he de padecer! ¡y cuan larga será mi vida, sin que sér alguno sensible acuda á suavizar mis dolores! ¿Ni que me inu-

portaria su compasion? ¿No está para siempre determinada mi suerte? ¡A los diez y seis años, muerta para el amor y para el placer! ¡Dulce embeleso! ¡ya no tornarás nunca hermosa mi vida! Y quedábase con la cabeza apoyada en la mano; y corrian por entre sus dedos las lágrimas en su seno. Permaneció en este estado, hasta que el lloro de su hijo la despertó de aquella triste meditacion: sacóle de la cuna, y apretándole contra su pecho: ¡no llores, le dijo, hijo mio, y mi leche acalle tus vagidos! ¡Ah! ¿quien negará á tu edad los medios de ser feliz que la naturaleza la ofrece? ¡es tan fácil haceros dichoso! Si jamas las pasiones viniesen á turbar al hombre, su suerte seria envidiable; mas ¡ay! ¡pasarán tres lus-

tros , y conocerás la desgracia ! Entre tanto el inocente Federico, despues de haber saciado su sed , sonreía mirándola , como para darla gracias , con la cabecita apoyada sobre el brazo de su madre. Me acaricias , me ries , le decia ella , agradeces mis cuidados : no , la ingratitud no es obra de la naturaleza , ni el hombre olvida los beneficios hasta que contrayendo un egoismo helado , se persuade que todo se ha hecho para él. ¡ Ah ! ¡ no seas un dia , hijo mio , cruel con un sexo débil , que vuela al encuentro de la seducccion , porque cree vuestros juramentos.... ! Mas en verdad estoy loca ; hallo tanta semejanza á este niño con.... ¡ Ah ! ¡ pobre Elena ! ¡ cuantos males te prepara tu fantasía ! ¡ encantadora engañosa , que desventurado es

el que se deja mecer en tus sueños seductores! ; Pondérase la educacion, al paso que es ella quien sutilizando nuestros órganos, nos hace sentir toda la agudeza de las puntas del dolor! ; Cuantas penas siento yo de que no tienen siquiera idea mis compañeras!

¡O si jamas hubiera entrado en el castillo....! Pero ¿á que pensar así de continuo en lo pasado? ¡Ay! ¡lo presente nos obliga tal vez á ello! ¡hay circunstancias en la vida, que hacen mas amargas las memorias....! Mi niño se vuelve á dormir. Procnremos tambien entregarnos al sueño, que es el único que suspende mis males..... Son tan grandes, tan irreparables, que conozco que si se aumentasen, por poco que fuera, no podria resistirlos. A-

costóse , por fin , Elena , y no pudo quedarse dormida.

---

## CAPÍTULO VI.

*Van entendiéndose.*

**N**o habia gozado Roberto de sueño mas tranquilo : los hechizos de Elena habian turbado su descanso ; pero lo que mas le admiraba era encontrar con el vestido sencillo de una aldeana , el habla y las gracias decentes de una señora. No obstante, es nieta de Margarita , y su padre , segun le han dicho , es un molinero : en vano intenta , para disculpar consigo mismo la pasion que le inspira , forjar una

novela, y transformarla en heroína, disfrazada con campestre traje; todo desmentia tal pensamiento. ¿Que habia de ser, pues, de este amor, que ya al nacer domina con tanto imperio? Era seguro que su padre no consentiria en un matrimonio tan desigual; porque á pesar de la manía de la igualdad, que entonces reinaba, no podia lisonjearse de conseguir que adoptase por hija á la de un molinero. Seducirla, era aun mas imposible; su sencillo candor no era inadvertido; y ademas una jóven viuda no cae tan fácilmente en los lazos, como una doncella sin experiencia: lo mejor, pues, era apartarse pronto de una mansion peligrosa para él; ¡pero no ver mas á Elena....! Por otra parte, la estacion era tan rigorosa, estaban los caminos

tan perdidos, que le era forzoso descansar algunos días antes de volver á Paris: ni esta tardanza podia causar zozobra á su madre, pues no sabia que estaba en camino; en fin, siempre encontraba *fundadas razones* para dilatar su morada alli. Para hacerla menos extraña, se determinó á ocultar á la buena Margarita la situacion de su padre, recibiendo asi como hospitalidad, lo que no le habrian quizá otorgado, si hubiesen sabido que se encontraba en disposicion de proseguir su viage. Asi amor y engaño van casi siempre juntos, y á un mismo fin.

Cuando la perezosa aurora empezó á derramar su claridad en la cima de los montes, salió de su aposento Elena; despues de ordeñar, hizo cccer

en leche harina de maiz, y encendió una gran hoguera para que Margarita se calentase: puso la mesa al lado de un sillón, y colocó allí cerca dos asientos de madera, uno para ella, y otro para Roberto. ¿No viene? decia á su abuela. ¿Se habré ido? — No lo creo; todavía está cerrada la puerta del corral: estaba cansado, y se habrá dormido. ¡Dichoso él, que duerme! dijo Elena suspirando, y mirando siempre hácia la puerta. Por fin se presentó Roberto, y saludando con respeto á la buena Margarita, quiso coger la mano de Elena; mas ella la retiró, haciendo la seña de que se sentase entre ella y su abuela. — Caballero, disimulad que os ofrezca un desayuno tan sencillo; estais, segun parece, acostumbrado á vivir con mas

regalo. — Aun cuando hubiera adquirido ese hábito en mis primeros años, le habría perdido ya en el ejército; pero un hijo de un pobre viñador de las cercanías de Orleans, no ha podido tener una vida tan suntuosa. — ¡Vos! ¡hijo de un viñador! dijo Margarita, pues ¿como teneis habla y modales tan diferentes de los demas aldeanos? — Porque era alijado del secretario del intendente, y él ha cuidado de hacerme estudiar, pensando proporcionarme colocacion; pero la requisicion me ha precisado á tomar otro camino, y ha sido inútil todo lo que hizo por mí mi bienhechor. Mas me habria valido aprender á trabajar la tierra; mas soy jóven, y me acostumbraré fácilmente. ¿Os parece, señora, que hallaré trabajo aqui? — ¿Pues qué

quereis quedaros? — Ya que por la capitulacion he de estar sin servir un año, lo mismo seria que me quedase en esta aldea, porque me costará mucho llegar á Orleans; está todavía muy lejos, y al cabo habria de atravesar la Francia, pues que mi regimiento se halla en el ejército de Italia. El señor Roberto, dijo Elena, podía cultivar nuestra cerca, una vez que Juan Pedro se casa, y va á vivir con su suegro á tres leguas de aqui; mientras tanto le enseñaria; no es cosa tan dificultosa. — No puedo descartar mas, dijo Margarita; pero no podremos daros mucho salario. — Yo no os pido tampoco mas que casa, y de comer. — ¡O! eso se supone. — Mi paga me bastará para vestirme. — Vamos, es ya hecho, pues que os conviene. —

¡Con que ansia voy á entregarme á esos trabajos, dijo Roberto á Elena, pues que van á proporcionarme la felicidad de veros todos los dias! Sonrojóse la tierna viuda, no respondió; pero sintió allá dentro una alegría secreta, en pensar que su huésped no era mas que hijo de un viñador. No puede haber, decia, cariño sin igualdad; y como en mi situación puedo entregarme al que conozco que me inspirará Roberto, me alegro de saber que no es mas que yo. Bien advirtió él que su ardid habia producido efecto, porque Elena le trataba con mas confianza; y sin pensar que camino habria de tomar, se determinó á disfrutar en paz un año de felicidad: un año es tan largo espacio para una criatura mortal, que pue-

de perecer de la noche á la mañana, que es lecura atormentarse por mas. Despues del desayuno, Margarita dijo á su hija, que debia llevar á Roberto á la cerca para que se enterase de su trabajo. Elena dudaba; pero la rogó Roberto, y partieron. Hacia uno de aquellos hermosos dias de invierno, en que parece que el sol consuela con su presencia, del dilatado imperio de los hielos: ya la blanca campanilla asomaba su vástago de pálido verde, que se oponia á los alerces y acebos: el pino, que conserva sus hojas en medio de la escarcha, representaba con agradable ilusion á la naturaleza en juventud nueva, y si con las desnudas ramas no atestiguase el castaño que estaban lejos los dias de la primavera, hubiera sido fácil figu-

rarse que habia ya venido aquella estacion preciosa.

La jóven viuda llevaba en los brazos á su niño ; y ¡ con que cuidado la guiaba Roberto por las sendas , que el sol , deshaciendo la nieve , poria resbaladizas ! Cuando se encontraban sus manos , sentian los dos un dulce temblor. Este tacto voluptuoso se embota en las personas á quienes duros trabajos han privado de aquella flumina del cutis , que solo electriza el placer. Roberto admiraba la ligereza de Elena en saltar los barrancos ; su pie , aun no desfigurado con el tacon calzado , era hermosísimo ; un brail bastante corto dejaba ver una pierna delicada como la de un ciervo ; en fin , todos sus movimientos tenian una gracia que encendia á Roberto en vivo

fuego. No interesaba menos á Elena el ademán noble y gracioso de su jóven amigo ; y á pesar de lo que habia dicho, la costaba mucho persuadirse de que era hijo de un viñador, y no mas. Él por su parte conocia que habia hecho mal en atribuir este oficio á su supuesto padre, porque al llegar á la cerca no sabia nada de lo que habia que hacer. Elena conocia su apuro, y le dijo : Juan Pedro dará la primera mano, lo demas es poca cosa, y yo os ayudaré. — ¡O! ¡no permitiria yo que hiriesen esas lindas manos las zarzas ni las espinas, ni que la tierra las robe esa lisura, ese blanco que encanta los ojos! He renunciado ya, respondió Elena, á esas frívolas bellezas, mas funestas que provechosas, y apenas en la primavera de mis dias, me han con-

ducido al otoño mis desventuras; un pesar profundo quita al alma su vigor, y no deja poder para pensar en las cosas que seducen á la juventud.— Fácíl es saber la causa de esa honda tristeza; mas el tiempo hará menos amarga vuestra pena. —Jamás. — ¡Jamás! Respeto vuestro dolor; pero estad segura, amable amiga, de que de todos los males, no hay ninguno á que hallemos, á pesar nuestro, mas fácil consuelo, que al mas irreparable: esto depende del carácter, y de las circunstancias que acompañan á esta desgracia. Federico pedía de mamar: y habiendo barrido Roberto la nieve al pie de una encina, que abrazaba con sus ramas una yedra, cuyas hojas siempre verdes remplazaban, al parecer, las del rey de las selvas, se sen-

tó Elena, y Roberto se puso á sus pies. ¡Que dichoso, decia entre sí, es ese niño! ¡como aprieta con sus manitas esos globos de alabastro, que á mí me es vedado aun ver! Entre tanto, Elena pensativa y distraída, apenas escuchaba lo que Roberto la decia; y arrebatada de los sentimientos que guerrecaban en su corazón, exclamó, estrechando á su hijo en sus brazos: ¡ó tú, que eres mi pesar y mi ventura, solo tú me quedas en la naturaleza! — ¡Solo! ¡Elena! ¡Ah! ¿podreis pensar que despues de haber tenido la dicha de veros, sea posible cesar un instante de tomar en vuestra suerte el interes mas vivo? — Fuera inútil, señor Roberto, nada basta á mudar mi destino; y soltóse una lágrima de sus ojos. Su jóven amigo quiso recogerla;

mas ella apartó al momento la cabeza, y volviendo á tomar su niño, se levantó, y salióse de la cerca.

---

## CAPÍTULO VII.

### *El precipicio.*

**S**iguióla Roberto: mas ella iba entregada á una meditacion tan profunda, que no advirtió que se habia acercado demasiado á la orilla de la senda que dominaba á un precipicio, donde se despeñaba un torrente. Hacíase allí mas ancho el camino con una baqueta de nieve sostenida de unas rocas que se adelantaban algunas bra-

zas mas abajo. Al poner el pie Elena encima de aquel suelo engañoso , se suelta , y lleva consigo á madre é hijo : en aquel punto no mide Roberto el peligro á que va á exponerse ; solo ve segura la pérdida de su amada , y juzgando , veloz como un rayo , que todavía tiene tiempo para salvarla , se arroja sobre la punta de una peña , que está cerca de la mitad del precipicio , y llega antes que Elena , y su pobre-cillo Federico hayan rodado hasta allí , recibiénolos á ambos en sus brazos. No ha pasado, empero, el peligro; porque Elena al caer, ha arrastrado montones de nieve que los cubren á los tres , y cuyo peso puede precipitarles á lo hondo del abismo. Roberto se agarra con un brazo vigoroso á las raíces de un pino , descubiertas por el

tiempo, y con el otro sostiene su doble carga: y Elena, sin sentido, aprieta contra su pecho á su hijo, movida únicamente del instinto de la naturaleza, pues que ignora la situacion horrosa en que se ve: solo Roberto siente todo lo terrible de este momento; Roberto, que se ha sacrificado por salvar la vida á Elena. Pasó mas de un cuarto de hora, sin dar alivio alguno á sus congojas: por fin, se afirma la nieve, y cesa de caer; y Roberto asegurándose mas sobre el terreno que ocupa, puede apartar, con una mano, parte del monton que le cubre. Poniendo entonces á Elena sobre la peña, procura buscar arbitrio para bajar á lo hondo, ó volver á subir á la senda: una cosa y otra le parecen imposibles, porque el rellano de piedra,

en que detuvo á Elena tan portentosamente, se adelantaba sobre el torrente cerca de treinta pies, y el terreno de encima estaba cortado á pico. No quedaba, pues, mas esperanza que aguardar á que algun viajante pasase por el camino para suplicarle que fuese á la aldea á pedir socorro; pero aquel camino era poco frecuentado, y duraban tan poco los dias, que era muy posible les cogiese la noche, sin haber mudado su dolorosa situacion. La de Elena continuaba del mismo modo, y Roberto no tenia ningun medio para hacerla volver en sí: habíase quitado el vestido para cubrirla á ella, y á su hijo; y viendo á aquellas inocentes criaturas próximas á perecer, dobló la rodilla, y alzando los brazos al cielo, invocó en su favor

de él los auxilios que los hombres no podian darlas.

Volviendo por fin Elena de aquel largo desmayo, abre los ojos, y sobre-cogida de terror, se ve próxima á perder otra vez el sentido, viéndose suspendida, en alguna manera, entre la vida y la muerte. Anímla Roberto, y dando calor con su aliento á sus dedos helados, la cuenta, por fin, el suceso que le tiene sobre aquella peña. Elena conoce la gratitud que debe á su libertador, y al de su hijo; la mirada mas tierna paga esta deuda sagrada; y Roberto, harto delicado para abusar de semejante situacion, no se atreve siquiera á poner sus labios en la mano que Elena le tiende. No me debéis nada, la dice; he seguido el natural movimiento que nos excita

á salvar á nuestros semejantes : ademas ¿que he hecho hasta la hora presente? mientras no consiga sacaros de este silvestre sitio , no creeré haber merecido accion alguna de gracias. No obstante, es imposible que os deje aqui hasta venir el dia, porque no podriais resistir al frio de estas largas noches : pues habeis recobrado el sentido, voy á ver si puedo bajar á la orilla del torrente. Guardaos de hacer tal cosa, dijo Elena, con un susto que pintaba bastantemente el interes que la inspiraba Roberto, hay mas de cincuenta pies hasta lo hondo del abismo; y si debemos morir, maramos á lo menos juntos; ademas que tal vez pasará algun pastor por encima de estas rocas en pos de sus cabras , y entonces nos sacará de este triste sitio.

No me dejéis, por Dios; si perecieseis por salvarme, no habria para mí consuelo en el mundo. Estas pruebas de un sentimiento que llenaba de gozo á Roberto, pagaban cien veces el peligro que habia corrido, y los que todavía le amenazaban. Sometióse, pues, á la voluntad de la heldad que amaba, y sentándose á par de ella procuró resguardarla del viento del norte que empezaba á soplar. Ya no entraba el sol en aquella garganta, rodeada por todas partes de los mas altos montes; y el viento levantaba torbellinos de nieve, que volvian á caer encima de aquellos desgraciados. El menos infeliz de los tres era Federico, porque hallaba en el seno de su madre abrigo, y alimento: pero esta comenzaba á extenuarse, y algu-

nas frutas silvestres que Roberto pudo alcanzar, entretenian su hambre mas bien que la satisfacian. Ya habia pensado Elena muchas veces en la zozobra de la buena Margarita; y el disgusto que no dudaba tendria su respetable abuela, agravaba los males que ya la oprimian. En tanto Roberto no podia sufrir mas la inaccion en que le tenia su afecto á Elena; y se disponia, á pesar de sus gritos, para dejarse caer deslizandose por la espalda del monte, con peligro de hacerse pedazos contra las peñas de que estaba escarpado, cuando oyó, desde lejos, el sonido de una campanilla, que le dió esperanza de que venia un rebaño por aquella parte: párase, escucha; se aproxima el ruido; mas interúmpenle presto el silbar de los

vientos, y el crugir de los árboles, cuyas ramas chocaban entre sí en el aire. ¡No vienen, dijo á Elena afligido, y la noche extiende su velo! Quizá fuera ya inútil que yo probase á bajar: ¿que haremos? ¡ay!—¡O pobre Federico, percerás de frío, y la leche, agotada en mi seno, no podrá darte calor! ¡No puedo resistir á este doloroso espectáculo! exclamó Roberto: es preciso.... ¡No! ¡no! dijo Elena deteniéndole; ¿no oís los balidos que vienen á juntarse con los primeros sonidos que escuchamos? Sí, dijo Roberto; y aun me parece que divisó una cosa blanca que se desliza por entre las matas; distínguense presto veces, y no hay ya duda, son pastores. Entonces Roberto les llama, les suplica que vengan á darles auxilio;

pero aquellos hombres sencillos que creen que el espacio está poblado de seres fantásticos, no viendo á la persona, cuya voz les hiere, se asustan, y van á huir. Elena, advirtiendo su movimiento, junta sus gritos á los de Roberto, y el niño empieza tambien á llorar: llegan aquellos acentos al oido de los pastores, quienes distinguiendo por fin que los sonidos que oyen, salen de la roca que tienen encima de sus cabezas, se paran; y Roberto, tendido boca abajo, asoma por la orilla de la roca, y consigue hacer entender á los pastores que habia alli un hombre, una muger, y un niño, y que iban á perecer sino les daban pronto socorro. — ¿Pues como os habeis metido ahí, donde ni nuestras cabras irian? — Es que hemos cai-

do. — No sé cómo haremos para ir á buscaros , porque es menester andar mas de tres leguas de donde nosotros estamos , adonde estais vosotros ; así, pues , tened paciencia. — ¡O! buenos pastores , ademas de socorrernos generosamente, hacednos el favor de enviar á decir á Valarzon , en casa de Margarita , que no tenga cuidado de Elena. — ¡Pues que ! ¿sois Elena , la nieta de Margarita ? Vamos , vamos, sossegaos , haremos que la avisen.

Elena se sintió aliviada en gran parte de sus penas , con evitar la inquietud de su abuela ; y no pensando ya mas que en su hijo, esperó sin impaciencia á que volviesen los pastores. Eran cerca de las cinco de la tarde cuando tomaron el camino de Valarzon ; la noche era obscura , los ca-

minos males, y por tanto no se podia esperar que volviesen hasta las nueve ó las diez, y desde las ocho de la mañana nuestros pobres jóvenes no habian tomado alimento. El frio que iba sintiéndose mas á cada instante, precisaba á Elena á permanecer en los brazos de Roberto, que la cubria con su cuerpo: pero ¡cuál haya el que piense que Roberto olvidaba el respeto que la confianza de Elena debía inspirarle! era para él un objeto sagrado; y á pesar del amor que sus atractivos encendian en su pecho, primero se hubiera precipitado al abismo, que casar el menor recelo á la honestidad de la que adoraba. Sentia una delicia desconocida en respirar su suave aliento, y en percibir como palpitaba aquel corazon junto al su-

yo. ¡Amor! ¡tú tornas los desiertos mas horrorosos en palacios encantados! y Roberto, moribundo de hambre, y sin vestido, sobre una peña suspendida á cincuenta pies de un precipicio, se cree mas venturoso que en los aposentos de su padre. Elena, enteramente aniquilada por el cansancio, y de la inquietud que la daba su niño, no podia explicar las sensaciones que experimentaba. Sola, abandonada de la naturaleza toda, Roberto es para ella un hermano, un amigo; y si la elegancia de su figura habia seducido su corazon á primera vista, lo olvidaba en su situacion presente, y el amor huye de ella como el descanso; para entregarse á su halago es menester una especie de ventura que convide el placer. Asi, pues,

el honor y el pesar habrían imposibilitado que esta larga y triste soledad trocase la situación de nuestros amantes. Por fin, rendida de cansancio, se durmió Elena en los brazos de Roberto, á quien también costaba trabajo resistir al sueño; pero la zozobra de que viniesen á la roca algunos animales feroces, y les cogiesen dormidos, le tuvo con los ojos abiertos. ¡Que largas le parecían las horas, oyendo en derredor los aullidos de las fieras, y los chillidos de las aves de rapiña, que repetían los ecos de los montes! La luna no alumbraba aquella triste noche, cuyas sombras hacían mas oscuras todavía, una niebla tan densa, que no permitía distinguir siquiera una estrella: mas por fin descubrió un resplandor rojizo en

la cima de las rocas, al otro lado del precipicio; aquella luz, el ruido que hacian caminando por la nieve helada los que la llevaban, todo anunciaba á Roberto que volvian ya los pastores.

Sin embargo no quiso despertar á su compañera, mientras no estuviese seguro de que venian á buscarlos; pero oyendo de alli á poco llamar á Elena, no dudó ya que eran aquellos auxilios esperados tanto tiempo. Respondió á las voces que salian de la senda, y la suya despertó su amiga. ¡Ay Dios! exclamó, ¿es cierto que vienen á sacarnos de esta cruel situacion?—Sí, querida Elena; y levantándola la hizo descubrir las hachas: muy presto vieron que iban bajando escalas de cuerda. Lo que les parecia

mas dificultoso era subir al tierno Federico; pero los pastores lo habian previsto, trayendo para esto una cesta, que dejaron caer hasta la roca. Pusieron en ella durmiendo al niño; despues Elena, ayudada de Roberto, subió á la senda, donde la recibieron sus vecinos con el mayor cariño; pero se hallaba tan debilitada, que apenas podia responder á las demostraciones de su afecto. Informése, sin embargo, de su abuela, quien la afirmaron estaba sin cuidado, porque la habian ocultado el accidente que la tuvo ausente de ella todo el dia, y pensaba que su tia la detendria en su casa. Habian traído á nuestros pobres viajeros gualdas, algunas castañas, y vino: comieron con sumo gusto, y luego les llevaron, casi en triunfo, á

casa de la buena Margarita. Roberto dió un doblon á los pastores , suma considerable en aquella tierra , y que hubiera podido descubrirle , á no haber dicho que la debió á la generosidad de un príncipe emigrado cuando estaba prisionero. Margarita se llenó de gozo al ver á su nieta , la riñó un poco , porque volvía tan tarde , y la hizo que fuese á descansar , lo que aceptó Elena , porque tenía gran necesidad de ello. Un á Dios bien tierno fue cuanto pudo decir á Roberto ; tanto era su abatimiento ; mas él ya no se acordaba de sus trabajos , pensando que habia salvado la vida á su adorada.

## CAPÍTULO VIII.

*Las costumbres de la aldea.*

**O** dulce asilo de la inocencia y de la paz, cabaña hospitalaria, do jamás llegaron la intriga, la avaricia, ni la ambicion; bienaventurado aquel que puede ver pasar sus dias bajo tu techo, cual la planta que vive, crece y muere en el mismo suelo! Así eran los dichosos habitantes de Valarzon, parecidos á una gran familia. Vosotros, los que calumniáis al género humano, no le habeis observado en la pajiza choza; no conocéis mas que al hombre embrutecido de los vicios, ó exaltado de las pasiones: el hombre es bueno; y ¿por que no participaria

de esta calidad con otros animales, y habia de ser creado á imágen de la bondad infinita para ser mas malo que las especies inferiores á él? ¡O! no le mirariais con desprecio, si hubieseis visto á una aldeana criando á su hijo, y seguida de otros tres ó cuatro, de los cuales el mayor es incapaz todavía de ganar el pan con que se sustenta, entrar en casa de su vecina, que en el lecho de la muerte, no siente una vida acompañada del trabajo y del dolor, mas que por el disgusto de dejar sin subsistencia á su numerosa familia: no la habeis oído decir á su vecina: no tengas cuidado, yo me llevaré los dos niños mas chicos; y lleváseles al instante, sin esperar á que la dé las gracias, ni discurrir siquiera que deba dárselas

su moribunda amiga; y siguen su ejemplo los moradores de las chozas que estan al rededor de aquella donde espira la desventurada. Los niños no tienen ya madre, pero los adoptan nuevas familias, y los crían, y los tratan como á sus mismos hijos. Mirad aquel pobre labrador, á quien tiene en su lecho una grave enfermedad, ¿quedará inculto su campo? No, sus vecinos tendrán cuidado de cavarle, de sembrar, y él recogerá los frutos cuando se lo permita su salud.

¿Quien es esa muger que entra en aquella casa con la precaucion que se usa en las ciudades para ocultar una accion mala? lleva en el delantal hilo, que ha hilado con sus manos, le pone encima de la mesa de su parienta, donde deben volver los colecto-

res para venderla la cama en que descansa, y la dice: mira, María, toma este hilo, anda á venderle al mercado, y con el dinero que saques despacha á esos hombres; pero no se lo digas á mi marido; diria que no tenemos para nosotros; pero Dios sobre todo, yo no puedo permitir que esas malvadas gentes te dejen en la calle. Acepta María, y su amiga se cree dichosa por haberla libertado de una desgracia, de que otra la libertara á ella en igual caso.

Estas eran las acciones que Roberto veia diariamente; y no podian dejar de hacer profunda impresion en una alma sensible y ardiente como la suya. Comparaba aquella sencillez en los hechos mas sublimes, con la vanidad de que habia visto usar en los

mas sencillos, de que siquiera se hubiera hecho mencion en la aldea; porque un hombre rico que da lo que le sobra, no da nada, él es quien recibe, pues que para él es todo el placer. No, decia, con aquel entusiasmo que solo es propio de un amigo de la virtud; no, no quiero vivir mas entre esos entes corrompidos, que trocando los caprichos en necesidades, no hallan medio, en la mas opulenta fortuna, para aliviar á sus semejantes. ¡Valarzon! ¡tierra querida! bajo tus quietas sombras quiero yo pasar mis dias: aqui he encontrado la compañera que conviene á mi corazon; ¿que me importa la leve distancia que hay de ella á mí? Mi padre es mas rico que el suyo, he aqui la única diferencia que existe entre los dos: su e-

ducacion no cede á la mia ; y cuando no sea tan pobre , y pueda entregarse á su aficion á las artes , disfrutaremos juntos de los recreos que dan las musas á los mortales que las cultivan lejos del estruendo de un mundo engañoso. No puedo dudar que me ama ; y aunque encubra con el velo de la gratitud el sentimiento que por mi ventura la inspiro , no es posible que yo desconozca al amor en los mismos cuidados que tiene de ocultarle. No es tan prudente la amistad ; pero guardémonos de precisarla á explicarse antes que su corazon entregado á mí del todo , ya no pueda escapármeme : este ardid puede serme lícito , pues que no aspiro mas que á su felicidad.

Conforme á este plan , en dos meses que hacia ya estaba en Valarzon,

no habia procurado Roberto arrebat-  
 tar á Elena una confesion , sin la  
 cual tenia seguridad de que era ama-  
 do : mas Elena , que no penetraba su  
 intento , creia que Roberto cansado  
 de verla aparentar , que no entendia  
 sus primeras declaraciones , se arre-  
 pentia de haberse jamas figurado que  
 podria agradarla. No me ama , es co-  
 mo todos los hombres. Si yo hubiese  
 sido tan débil , que hubiera dado fe á  
 sus primeras lisonjas , ¿ que seria de  
 mí ahora ? ¡ No me ama , ni nunca me  
 ha amado.... ! y escapóse de su pecho  
 un suspiro. ¡ Ay ! y ¿ por que me afli-  
 jo ? ¿ no hubiera sido esta para mí la  
 desgracia mas cruel ? Y pues el cielo,  
 ó mas bien.... me ha condenado á re-  
 nunciar para siempre al amor ; ¿ no  
 es mayor dicha que no sienta ese afec-

to, á que yo no habria podido corresponder? Será mi amigo: no olvidaré nunca lo que le debo; y si se casa, su muger será mi hermana. ¡La muger de Roberto! No, me engaño á mí misma; no podria amarla. Pero ¿quien me dice que él permanecerá aqui? En pasando un año se irá al ejército, y no volveré á verle mas.... ¡No ver mas á Roberto! ¡pluguiera al cielo que jamas le hubiera visto! ¡Ah! ¡hoy es cuando siento mi horrorosa suerte! ¿Quien me lo dijera que viniendo á ocultar mi dolor entre estos montes inaccesibles, hallaria aqui el único hombre que podia reinar en mi corazon? Debí huir desde el primer instante; pero ¿como he de dejar á mi buena madre, que acaso no vivirá mas que algunos meses? ¿como he de a-

figirla? Por otro lado ¿que tengo que temer? ¡Él no me ama! ¡ay! á lo menos que nada descubra mi fatal secreto: y Elena tomó la resolución de ser todavía mas cuidadosa que hasta entonces de todas sus acciones.

---

## CAPÍTULO IV.

### *La declaracion.*

**E**ntre tanto Roberto, que veía cuanto pasaba en el alma de Elena, redoblaba su esmero para atraerla mas que nunca. Un jardín que habia debajo de sus ventanas estaba enteramente abandonado: Roberto se aprovechó de los primeros rayos del sol

que anunciaban la venida de la primavera , y haciendo que le ayudasen algunos mozos de la aldea , le plantó de árboles verdes , mientras que Elena fue en casa de una parienta suya. Luego envió á la ciudad , y adquirió jacintos , orejas de oso , violetas dobles y pensés , y formando bancos de césped , cubrió las calles con arena de varios colores , con lo que el jardin quedó hermoso. Tomó la precaucion , la tarde en que debia volver Elena , de cerrar los postigos de las ventanas de su aposento , á fin que no advirtiese sus trabajos hasta que los hermosease el sol ; y salió á recibirla con pretexto de que tomase mejor camino , y la trajo por el lado por donde no podia ver el jardin. Apenas le divisó ella , le preguntó por su abue-

la. — No tiene novedad, pero no está contenta, ¿ni quien puede estar contento ausente de Elena? No obstante, he procurado suplir vuestra falta en cuanto he podido; y en efecto habia cuidado de Margarita con el mayor cariño: así era que esta digna muger le amaba como un hijo, y esperaba que no se cerrasen sus ojos, sin haber visto unidos á Elena y Roberto. Cuando entraron en su cuarto se alegró mucho, y les dijo: hijos míos, me complace en extremo veros juntos; parece que cuando estais uno sin otro os falta alguna cosa. Elena se sonrojó, y hubiera deseado que su abuela no hablase de aquel modo; pero el respeto que la debía, no la permitia imponerla silencio. Roberto, lleno de gozo, la respondió, que no se-

### III

ria culpa suya si se apartaba jamas de Elena, y Elena creyó que hablaba así por pura urbanidad. Sin embargo, la cena fue alegre, y nuestros jóvenes, que se adoraban sin decírselo, se separaron lo mas tarde que pudieron. No se durmió Elena sin pensar que era desgracia suya, no haber encontrado á Roberto antes de ser madre. Al despertarse, cuando abrió las ventanas, halló el aire lleno de suaves esencias, y se admiró de ver su jardín adornado de las mas hermosas flores, y compuesto con aquel arte que aprendimos de los ingleses, y que todavía no era conocido en las montañas del Delfinado. El bosquecillo, que parecia nacido en aquella noche, la trajo á la memoria los de Lieur-saint, y causándola esta comparacion

dolorosos recuerdos , emponzoñó los primeros momentos de su placer ; pero el amor deshizo muy presto la nube , y la idea de que Roberto se habia dedicado , durante su ausencia , á sorprenderla tan gustosamente , la daba una complacencia que no podia evitar. Quiso manifestárselo , preparando el desayuno en el gracioso jardín que la habia regalado ; y en un instante dispuso las mas deliciosas composiciones de leche , y las frutas mas ricas y hermosas del vergel , y cubrió con ellas una mesa que llevó á aquel lindo bosquecillo. Quitóle con sentimiento algunas de las flores que le hermoscaban para rodear de ellas los manjares sencillos , empero deliciosos , que la naturaleza y su cuidado iban á presentar á su madre.... , á su

dulce amigo.... Contempló un instante aquel bosquecillo, donde bien presto, sentada á su lado, les veria sonreirse, y su desayuno no la pareció bastante agradable: sin embargo que el suave olor, y los vivos colores del jacinto y de la violeta, que hacian resaltar la blancura con que deslumbraba el mantel de lino donde estaban esparcidas, le habrian hecho digno de los habitantes de Arcadia.... Despues resolvió Elena volver adentro, y sin darse por entendida, persuadió á su abuela á que fuese á tomar el aire, que es suave, la dijo, como en el mes de Mayo. Roberto la ofrece su brazo, y se complace de ver que su amigo toma el camino de su jardin: pero ¿quien pintará su placer á vista del precioso desayuno que

alli les esperaba, y que su corazon le dice se ha compuesto para él? La buena Margarita no cesaba de admirarse. — Confesad, madre mia, la dijo Elena, que soy una hechicera: desee que este terreno inculto se volviese un delicioso bosqucillo, y al despertar le he hallado ornado de flores nuevas: ¿es verdad que no podia hacer menos para demostrar mi gratitud al genio benéfico que colmó mis deseos, que darle en este propio sitio, en este hermoso asilo, el convite de la amistad? Al decir estas palabras echó á Roberto una mirada tan tierna que le llegó hasta el alma, y sin poder contenerse mas se arrojó á sus pies, y asiendo su mano, la besó mil veces. — Sí, sois hechicera, amada Elena; pero es cosa harto sencilla que hagais

nacer flores , pues que la beldad las derrama sobre la vida de los mortales bastante venturosos para merecer una mirada suya. — Esos son cumplimientos demasiado exquisitos para una aldeana , señor Roberto ; es ruego que os levanteis ; me causais una turbacion que no acierto á explicar. — No , no me levantaré hasta que me hayais permitido tener esperanza , ó pronuncieis mi sentencia. — ¡ Levantaos ! ¡ levantaos ! querido Roberto , interrumpió viéndole la buena Margarita , sino quereis mas que esperanza , miradla ; ved su semblante medio contento , y medio sentido , sus ojos abatidos , y sus mejillas mas encarnadas que la rosa ; ¡ y con todo eso no habiais de tener motivo para esperar ! ¡ mil palabras no dirian lo que su fi-

sonomía está explicando!—¡Ay! ¡madre mia, madre mia, que pena me dais! ¡si supieseis!— Ya lo sé que la honestidad no te permite decir sí, á los cuatro meses de haber muerto el pobre difunto, pero pasará el año; Roberto sacará su licencia, y no tendré al morir el disgusto de dejarte sola en el mundo.— ¿Será cierto, amada Elena?—Vamos, dejadla en paz, y desayunémonos. La pobre viudita no sabia lo que hacia; derramaba la nata, se olvidaba de ofrecer castañas, sus ojos buscaban modo de evitar los de Roberto, y no obstante siempre los encontraba su amigo fuera de sí de contento; casi no se atrevia á creer á la buena vieja: mas no queriendo empeñarse en preguntar lo que querian ocultarle, explicaba sus senti-

mientos á la buena Margarita en lugar de su nieta; y al amor dando calor con su antorcha á los postreros dias de esta excelente madre, parecia que la volvia mas jóven. No quiero, dijo, salir ya de este jardin, quizá esta primavera es la última que me queda, y no he de perder ni un dia de ella. Cumplió su palabra; desde entonces estaba siempre en el jardin, cuyas flores renovaba Roberto; pero á veces, olvidándose del papel que queria representar, descuidaba las labores del campo, y se entregaba á su aficion á las musas, leyendo á sus amigas, mientras trabajaban, nuestros mejores poetas que habia adquirido en la ciudad inmediata. Embelesábase el sano juicio que Elena formaba de ellos, y en especial la expresion

del alma que daba á algunas escenas declamándolas con él. En otras ocasiones la acompañaba con su flauta tonadas á que su voz tan tierna como afinada, prestaba nuevas gracias; y Federico, hermoso como el amor, se sonreía á aquellos dulces acentos. ¡O días venturosos de la inocencia y de los placeres! ¿por que no sois mas que un instante en la vida?



## CAPÍTULO X.

### *El incendio.*

Oíanse una tarde los melodiosos sonidos de Filomeia, y mientras las demás aves se entregaban al sueño, solo

ella volaba para enamorar á su amada compañera. Estémonos aquí, dijo Margarita, ¡me da tanto gusto oír al rui-señor! El año inmediato vendrá á cantar sobre mi sepulcro. Hijos míos, quiero que me enterreis aquí al pie de ese hermoso lila, cuyas flores llenan el aire de suaves perfumes; y aquí quiero que vengaís todos los días á repetir el juramento de amaros eternamente. Suspiró Elena por el pensamiento de perder con su abuela á su única amiga, y al propio tiempo por la idea de que jamás se vería unida á Roberto. No obstante, no se atrevía á decírselo á Margarita, que ignoraba las razones que tenía para no consentir en aquel casamiento: este era un secreto que oprimía su corazón, mas que no habría podido des-

cubrir sin afligir á las personas que amaba; y mas queria padecer sola, que causarlas pesar.

¡Que hermosa está la tarde, decia Margarita, parécese á los días postremos de mi vida! ¡Que tranquilidad! ¡que frescura! No se siente mas que el soplo leve del céfiro, ni se oye otra que el murmullo del arroyuelo; del mismo modo mi alma pacífica solo tiene dulces recuerdos. ¡Cuántas gracias debo á Dios, que me ha dado tan larga y tan venturosa carrera! Mi infancia, de que apenas me acuerdo, pasó dulcemente al lado de un padre y de una madre virtuosos; y como no tenían mas hijo que yo, nada omitieron para darme una educacion mas fina de lo que convenia á mi estado: decíanles, así se hará altiva, y no

querrá casarse con un aldeano; pero el amor determinó otra cosa. Entre los trabajadores que mi padre tenía en su fragua había uno que me agradaba: tardamos mucho tiempo en entendernos, y aun mas en conseguir el consentimiento de mis padres; al fin le dieron, y vivimos cuarenta años sin haber tenido ni un sí, ni un no, hasta que con su muerte tuve la única desgracia que he experimentado: pensé acompañarle: mas el cariño de mis hijos y el tiempo suavizaron mi pena. Por otra parte, la seguridad de reunirme algun día con mi esposo, me ha dado aliento para soportar esta dolorosa ausencia. Los diez hijos que me dejó han prosperado todos, y ninguno ha cometido una acción digna de desprecio: su numerosa familia ha

seguido sus huellas, los hombres la probidad y la fidelidad mismas, las mugeres modelos de virtud; y todas mis hijas hermosas y honestas como Elena hacen la gloria y la dicha de las familias á que se han juntado. Asi, querido Roberto, os haré un rico presente. Conozco todo su precio, decia el jóven; y en tanto Elena, confusa y turbada con las palabras de su abuela, tenia á fortuna que la obscuridad ocultase el rubor que cubria su frente, cuando de improvviso la luz mas viva hizo cesar las tinieblas. ¡Dios! ¿que miro? dijo Roberto, ¡fuego en la aldea! y dejando á Margarita entregada á su hija, salta la cerca, y vuela á socorrer á los desventurados. Elena se estremece de los males que amenazan á sus vecinos, y de que

puede participar ella misma si no se les presta auxilio; pero teme aun mas que Roberto se exponga, y persuade con suavidad á su abuela que se retire á su casa, donde no hay peligro que llegue el fuego, por cuanto el viento va al lado opuesto. Conociendo Margarita cual es la causa de la inquietud de su nieta cede á sus ruegos, y ella, despues de haberla ayudado á acostarse, cierra la puerta, y vuela hácia el lado del incendio. Mucho antes llegó Roberto. ¡Que terrible espectáculo se le habia presentado....! El fuego habia empezado por un henil, y no habian advertido el riesgo hasta que al caer el techo abrasado, habia abierto libre paso á las llamas, las cuales subian con tanta violencia que apenas quedaba es-

peranza de salvar á las infelices gentes de la casa. Ninguna industria daba allí auxilio á los brazos; con dificultad se encontraron algunos cubos, y algunas escaleras; todos estaban pasmados; todos corrían sin saber adonde, y dejaban que una familia entera se abrasase con su arruinada cabaña sin darla ningún socorro. Ya se comunicaba el fuego, como un relámpago, á las chozas inmediatas, cuyos tristes moradores huían llevándose los pocos efectos que podían, y dejando sus muebles y sus animales entregados á las llamas; pero los gritos de los que están sepultados en la casa donde comenzó el incendio, manifestaban que aun existían. Llega Roberto, y junta al punto á los mozos, y díceles: ¡como a-

migos! ¿dejaremos perecer á esos desdichados? y arrojándose en medio del fuego, logró sacar de él á un anciano que se vino arrastrando hasta la puerta: síguenle los que su voz ha reunido, y en un cuarto de hora estan fuera del riesgo todos. Despues que satisfizo este primer impulso de su corazon, pensó en salvar la aldea de una destruccion total; y tomando indiferentemente á las mugeres, á los niños, y á los ancianos, forma con ellos una cadena desde el arroyo hasta el hogar que amenaza abrasar á todo Valarzon. Entonces bastan pocos vasos para llevar agua; pero quedaba de la casa que las llamas habian consumido una viga que está apoyada en la pared delantera de una granja llena de granos, y única esperanza de aquella

desgraciada familia, de donde si prendia el fuego se habria extendido infaliblemente á toda la aldea. Los carpinteros rehusaban subir alli, porque no habia mas medio de cortar el incendio, que caminar por el madero hasta donde ardia, y separarle con el hacha de la parte que tocaba á la granja. Para conseguirlo era preciso exponerse á mil peligros; podian causar un trastorno los torbellinos de llamas y de humo que salian subiendo de los escombros; las mortajas que la detenian por el lado contrario, ya secas del mismo calor del fuego, podian romperse; y en tal caso, el que emprendiese este valeroso hecho pereceria sin recurso entre las llamas. Asi, ni ruegos ni amenazas pudieron persuadir á ningun trabajador para que

se expusiese á semejante riesgo: mas Roberto, no atendiendo mas que á su valor, y al amor de la humanidad, arrima una escalera contra la parte de la madera que se libró del fuego, y se adelanta con paso intrépido por aquella viga medio consumida. En este momento llegaba Elena á ver tan lastimosa escena. Descubre á un jóven hiriendo con repetidos golpes la viga, ya próxima á ceder á sus esfuerzos; busca á Roberto, no le halla, y su corazon la dice que él solo es capaz de una temeridad tan generosa. Pregunta, no obstante, ¿quien es aquel cuya vida corre tan inminente riesgo? Es el esforzado Roberto, dice uno de los carpinteros; está haciendo lo que nosotros no nos hemos atrevido á intentar, y él será, al fin,

quien salve la aldea. Elena que en este instante ve romperse la viga, no oye mas, y cae en el suelo sin sentido. En efecto, la parte en que se sostenia Roberto habia faltado, y le arrastrara al fuego, si tan agil como valiente no hubiese evitado este horroroso peligro, arrojándose mas allá del hogar. Cayó encima de los colchones que habian sacado de las casas amenazadas de las llamas, y al instante le rodearon todos los vecinos de Valarzon llamándole su libertador, y apresurándose á saber si está herido. — De ningun modo, amigos, tenemos ya que temer, y con seguir echando agua es seguro que el fuego no hará mas progresos. El entusiasmo que habia inspirado la accion de Roberto, y el temor de que fuese vic-

tima, habian atraído todo el interes hácia él; pero no tardaron en acordarse de la pobre Elena, á quien habian dejado en una situacion próxima á la muerte, y acudieron á ella las mugeres, en tanto que los hombres felicitaban á su amante por haberse salvado de tanto peligro. La encontraron en el mismo estado, sin color los labios, con los ojos cerrados, y cubierta la frente de un sudor frio como el hielo. Justina, que es la vecina mas inmediata de Margarita la toma en sus brazos, la calienta, y adivinando la causa de su desmayo la grita: vamos, no se ha muerto; ¡pardiez, está mejor que nosotros! Vaya, Elena, vuelve en ti; Roberto está ahí cerca, y vendrá ahora mismo. Al nombre de Roberto, abre los ojos Elena.—

¿Dónde está? ¡Ah! no me engañeis; si ha muerto, no viviré yo. ¡O Elena mia! ¿es posible que os haya inspirado tan tierno interes? dijo Roberto precipitándose á sus pies, y bañando sus manos con lágrimas de alegría. ¿Dónde estoy? repuso ella, como espantada. ¿Que he dicho? y soltando sus manos de las de Roberto, se cubrió con ellas el rostro. — ¡Ah! no me priveis de la dicha de leer en vuestros ojos que correspondéis al amor mas fino. Mírale, mira á ese buen señor Roberto, decia Justina; ¿sabes que se puede tener vanidad de un enamorado como él? No sé si tu difunto era tan bueno; pero bien sé que no podia ser mejor, y ademas eres tan jóven....; pardiez, no puedes estar viuda. Seria lástima, y

por eso no querrás menos á Federico; pero le darás hermanos y hermanas, y de buena casta. Elena dejaba que Justina dijese cuanto queria, porque tenia tanto pesar de haber descubierto su secreto, que habria deseado poder ocultarse al mundo entero. Roberto, á quien afligia su turbacion, tenia demasiada delicadeza para no procurar sacarla de ella, y asi la dijo: querida Elena, habeis padecido mucho, permitid que os lleve con vuestra abuela, que sin duda estará con cuidado: vamos á asegurarla que ya no hay peligro, y despues volveré á ayudar á estas buenas gentes, á quienes el fuego ha privado de todo, á encontrar un asilo. Es verdad, respondió Elena, no estoy buena; y se volvieron á casa de Margarita.

## CAPÍTULO XI.

*Beneficencia.*

**N**o habló Roberto á Elena durante el camino: y esta trémula se veia precisada á apoyarse en su brazo; por fin llegaron, y entrando en el aposento de Margarita, que aun no dormia, la dijeron que ya no corria peligro alguno la aldea. Pero cuando supo por Elena, porque Roberto no hablaba de ello, que debian á su valor la salvacion de la tierra, le apretó contra su corazon, y deseó que el cielo premiasse su noble generosidad. Roberto, cuya modestia padecia con los elogios dados á una accion que á su parecer era sumamente sencilla, mudó de con-

versacion , hablando de la triste suerte que reduciria el incendio á aquellos pobres labradores. Ya no tienen, dijo , ni techo que les abrigue : han conservado su granja , pero necesitan pagar al propietario , y segun dicen es un rico de poco acá ; por consiguiente hombre insensible , que no dejará de exigir su arriendo con la misma dureza ; y aun cuando pudieran conseguir algun plazo , se han de alojar , y se han de vestir. En cuanto á alojarse , dijo Margarita , nosotros tenemos mucho mas lugar del que hemos menester : anda , Elena , diles que vengan , nosotros les daremos alojamiento , y ropa blanca hasta que puedan buscar. Se ha conmovido demasiado , repuso Roberto ; yo me encargo de traerlos , y sin esperar mas cor-

rió á hallarlos. Empezaban los infelices á volver en sí del primer susto, y al ver á Roberto pensaron que se les presentaba un ángel, y le llenaron de bendiciones: rodeábales toda la gente de la aldea compadeciéndose de ellos, y ofreciéndoles que fuesen á vivir repartidos en casa de los mas acomodados; pero no habia nadie que tuviese proporcion para recoger á toda la familia, compuesta de un abuelo, un padre, madre, y siete hijos. La abadía era la única casa donde hubieran cabido todos; pero el cura no estaba en la aldea, y la vieja ama no se atrevió por sí á recogerlos. Mas cuando Roberto, en nombre de Margarita, les dijo que fuesen todos á su casa, no hay términos para explicar su reconocimiento. Dió Ro-

berto el brazo al buen anciano, y tras de él siguió toda la familia.

Mientras que Roberto había ido á buscarlos, Elena había preparado algunas cosas de comer, y camas. Bien venidos, vecinos míos, les dijo Margarita, viéndoles entrar: esta es vuestra casa. ¡Ah! vecina mía, respondió el anciano, ¡Dios os pague el bien que me hacéis ó mal, y á mi familia!— Lo mismo habierais hecho vosotros, amigo Matías, si yo hubiese tenido igual desgracia.— Eso es verdad.— Pues bien; dejemos eso, y desayunémonos. Roberto ayudó á Elena á servir á sus nuevos huéspedes, y su desayuno fue alegre, cuanto lo permitían las circunstancias. ¿Cuanto importará lo que habeis perdido? dijo Roberto. — Diez mil reales, poco mas ó me-

nos; pero trabajando podremos reparar esta desgracia en algunos años. ¡Ah! difícil será, dijo la niera; porque al fin no nos han quedado ni muebles, ni ropa blanca, ni vestidos, y somos diez á comer. La Providencia os amparará, respondió Roberto. Es necesario, decia Margarita, pedir auxilio al departamento. — ¡Ah! eso es tan difícil, tan largo, que antes de recibirle nos moriríamos de miseria. Las leyes son buenas; ¡pero es tan lenta su egecucion! ¡Como ha de ser! para tener un gobierno perfecto seria menester que hiciesen las leyes ángeles, y aun no bastaria, sino venian ángeles á egecutarlas.

Pasóse el dia sin novedad, y al siguiente, Roberto y parte de los aldeauos, se pusieron á trabajar para

apartar los escombros ; dejaron á un lado los materiales que el fuego no habia consumido , y en pocos días estuvo ya limpio el terreno para reedificar otra casa. Pero no tenian dinero , y como decia Matías , necesitaban años para ahorrar lo que habian menester gastar en el edificio , y en muebles. Sabia que mientras Margarita viviese no le faltaria asilo ; pero tenia ya noventa y nueve años cumplidos : ¿ como habian de esperar que viviese mucho ? Muerta ella se haria partes su hacienda ; ¿ y quien aseguraria á aquellos infelices que el hijo de Margarita á quien tocara la casa , querria dejarles vivir alli ? Por tanto no podian evitar cierto sentimiento de tristeza ; ademas temian ser gravosos ; les quedaba pan todavía ; pe-

ro Elena, siguiendo el impulso de su corazon, y la voluntad de su abuela, preparaba todas las comidas para ambas familias; todo era comun, manteca, huevos, leche, legumbres; y aunque Margarita era rica para aquella pobre tierra, ciertamente al fin le habia de incomodar tanto gasto. Sin embargo, aseguraba á sus vecinos lo contrario, y en secreto habia dado á Roberto su cruz de oro y sus hebillas para que las vendiese, y comprase un cerdo y una vaca con que aumentar los víveres, á proporcion de las personas que tenia que mantener. No lo siento, decia la buena madre, mas que porque pensaba en dárselas á mi Elenita, cuando se casase contigo: pero ¡vaya con Dios! tendrá galas de menos, y bendiciones de mas;

y á fe que no valen tanto las galas. Del mismo parecer fue Roberto, y prometió ir al otro dia á la ciudad para hacer sus encargos; pero aquel mismo, estando en la mesa, entró un hombre de aspecto respetable, y no de la aldea, y preguntó por Miguel Matías. Yo soy, dijo el anciano: entrególe un paquete, y fuese.—¿De donde es esto? y poniéndole en la mano, es pesado, dijo. Toda la familia con los ojos abiertos, y fijos en el paquete, esperaba con suma impaciencia que le abriese Matías: mas le daba vueltas arriba y abajo, le tomaba otra vtz al peso, y no rompía el sello. Vaya, abridle, padre mio, dijo la nuera, impaciente de tanta tardanza.—Espera un poco, hija mia, espera. Antes quiero saber de cierto si

es para mí, y poniéndose los anteojos, leyó: á *Miguel Matías, labrador, en Valarzon, en casa de la señora Margarita*. Pues es para mí: bien, veamos. Rompe el sello por fin, y encuentra otra cubierta atada con bramante, y procura deshacer el nudo. ¡Cortadlo! dijo la nuera curiosa, dándole unas tijeras. El anciano corta el nudo, despliega el papel, y halla dos rollos de quince onzas cada uno, con este billete de mano desconocida.

»Acabo de saber la desgracia que os ha sucedido; recibid para repararla esas treinta onzas, y recibidlas con mas confianza, pues en realidad son vuestras. Somos de una misma familia, y habeis sido perjudicado, ó mas bien vuestros padres, en esta suma, cuando se hicieron ciertas divisiones:

estad seguro de que para mí es una dicha poder haceros esta restitucion; pero no averigüéis quien soy, pues mi ánimo es no ser conocido.”

A se nia no lo esperaba, dijo Matías quitándose los anteojos; pero nunca ha habido onzas que vengan mas al caso. Los niños saltaban de gozo, y levantándose todos abrazaron á su abuelo. Margarita, Roberto y Elena, dieron la enhorabuena á Matías, y todo era discurrir donde estaria aquel generoso pariente, sin que nadie diese en ello.

Al instante que comieron fueron á la granja Matías y su hijo, y las mugeres á la ciudad; ellos para buscar trabajos, y ellas para comprar lienzo, paño, é indiana; pusiéronse á trabajar, y Roberto volvió sus alhajas

á Margarita , porque Matías le habia dicho que no consentiria en serla mas gravoso , y que queria pagar su parte , lo cual costó mucho trabajo hacer que aceptase Margarita. En seis semanas se repuso todo , y estaban ya en su casa los honrados labradores. Antes de la cosecha dieron una gran comida á toda la aldea , en que se recordó la valerosa accion de Roberto ; pero nadie sabia que la familia de Matías le debia otra obligacion , porque Roberto fue quien la dió las treinta onzas con tanta delicadeza.

En el momento en que fue can-geado , al pasar por Hamburgo , en el mas lastimoso estado , se dirigió á casa de un corresponsal de su padre que le habia librado contra él : tomó veinte mil reales en oro ; pero teniendo á

los ladrones no quiso mudar de vestido, y llevaba escondido el dinero con sumo cuidado hasta llegar á su casa. El plan que formó para agradar á Elena le hizo inútil aquella cantidad, de la cual apenas habia gastado nada cuando se quemó la casa de Matías: al punto se propuso emplear mucha parte de lo que le quedaba para hacer mas llevadera su desgracia; pero necesitaba buscar modo de hacérsela entregar, sin que recelasen de donde procedia una suma tan enorme para aquella tierra. En las diversas correrías que hacia por las inmediaciones conoció á un buen cura, á quien las divisiones de opinion habian obligado á dejar su rebaño, y vivir solo en una chozilla en la aldea de Armincourt, á cinco leguas de Va-

larzon. Este hombre respetable escogió Roberto para cumplir su intencion , y rogándole que admitiese algunos doblones , de que tenia suma necesidad este digno ministro del altar , le confió su proyecto respecto de Matías con el mayor sigilo. Ya hemos visto como desempeñó su comision este varon santo : como nadie le conocia , no hubo quien tuviese la mas leve sospecha ; y Roberto desfrutó de la complacencia indecible de hacer felices , sin imponer el peso de la gratitud.

## CAPÍTULO XII.

*Resolucion.*

**D**esde que sucedió lo del incendio, ya era público en la aldea el amor de Roberto y de Elena : todos ansiaban ver llegar el momento que debia unir al hombre mas valeroso con la mas honesta muger ; y las vecinas de la nieta de Margarita la habrian tenido envidia , á no amarla como á hermana. Pero era tan buena, tan compasiva , que su ventura venia á ser la de toda la aldea. Extrañaban que cuando la hablaban de Roberto bajase los ojos, y sin responder se pusiese colorada : y Justina , que fue la primera que descubrió su secreto , la decia:

pues ¿cuando es la boda? Nunca, respondia siempre la triste Elena; yo soy de mi hijo, y una viuda con criaturas no puede volverse á casar.—¡Bah! ¿que historia! ¿pues Mariana Tulot no ha tenido ya dos maridos? ¿no lleva tres Teresa Capin, y Verónica Chatelin ha corrido ya las amonestaciones, y no hace mas que seis meses que su hombre ha muerto, y todas tres tienen tres ó cuatro hijos?—Ellas hacen lo que les parece, yo no murmuro de nadie; mas por mi parte no le daré padrastro á mi pobre niño. —¿Y que mal le vendria por eso? al contrario, seria mejor. ¿Que has de hacer tú si se muere tu buena abuela?—Haré lo que pueda: Dios protege á las viudas, y á los huérfanos, y su providencia me amparará.—

¡La Providencia! bien seguros estamos de ella; pero es preciso tomar las cosas como las envía; y con razon se dice: ayúdate, y te ayudaré. Ahora te manda un marido bueno y gallardo, con quien no te faltará nada; si le desprecias, y luego te mueres de hambre, no será culpa de la providencia, sino tuya. — Amiga Justina, todo lo que decis es muy puesto en razon; pero hay en la vida circunstancias, no parecidas á otras, y lo que fuera prudencia en una, sería en otra locura: hacedme el favor de no hablarme de esto mas. Dejola Justina encogiéndose de hombros, y sin poder comprender cómo era posible despreciar á Roberto. ¡Ay! menos lo comprendia la pobre Elena, y su corazon la hablaba mas que nadie en favor de

él, así no había quien entendiese los tormentos que pasaba, y cuanto mas encubria sus penas, mas dañaban á su salud. Margarita la veia desmejorarse, y experimentaba la mas dolorosa inquietud.

Hija mia, la dijo al cabo: ¿que es lo que marchita las rosas de tu tez? ¿por que se llenan con tanta frecuencia tus ojos de lágrimas? ¿No estás contenta en estas montañas? ¿echas de menos á Lieursaint, y has dado tu corazon en los sitios donde naciste? No, respondió Elena, dando un profundo suspiro; mas he padecido una desgracia tan grande, que no puedo apartarla de mi memoria. — Ya comprendo, amada Elena, que has de sentir la pérdida de tu esposo; pero eres muy jóven, y Roberto

te consolará con su amor. ¡Ay! ese amor es el que me atormenta mas, porque no puedo hacerle feliz: se lo he dicho, y se empeña en hacer depender de mí su ventura, que muerta ya para los placeres; no vivo mas que para mi hijo. — Bien puedes conciliar lo que debas á tu hijo con lo que merece el hombre que te adora. — No puede ser; ni por eso lo niego; sin embargo, amo á Roberto, y sentiria en el alma que se ausentase de aqui. — Todo esto es cosa de niños, hijita mia; y una vez que tienes ánimo para tomar el único partido que te conviene, yo haré por ti lo que tú no quieres hacer. En fin he dado palabra, y Roberto solo espera que acabes el luto para recibir tu fe: espero que el ciclo no ha de privarme

del gusto de uniros, y que prolongará algunos meses mi larga carrera para darme este placer. No tuvo aliento Elena para quitar á su abuela tan dulce esperanza; y determinada á no ser nunca de Roberto, no quiso tampoco privarse de algun tiempo de felicidad. En pasando el año, decia, me iré, llevaré á mi niño, y no engañaré al que amo, pues que no le he prometido cosa alguna.

Esta resolucion la dió mas tranquilidad; pero Roberto tampoco vivia sin zozobra, porque deseando consagrar á Elena su vida, aspiraba, al menos, á hacerla dichosa; y la tristeza que habitualmente observaba en ella, le persuadia que conservaba á la memoria de su marido todo el cariño que él hubiera querido inspirar-

la. No obstante, ¿como podia conciliarse aquel amor á insensibles cenizas, con el que le habia, á su parecer, mostrado el dia del incendio? Cuando sus ojos se paraban mirando á los suyos, era su mirar tan tierno, que no podia dudar que le amaba: así padecia Roberto ansias indecibles, y esto le habia impedido hasta entonces escribir á su madre; mas conociendo su cariño á él, se determinó á darla cuenta de su vuelta á Francia, y de la causa porque estaba detenido en el Delfinado. Esta carta ha producido un suceso tan importante en la historia de nuestros amantes, que me parece preciso presentarla al lector.

*Carta de Roberto á su madre.*

25 de Julio de 1795.

»¿ Como me atreveré, madre mia,  
 »á daros noticia de que estoy en Fran-  
 »cia desde el mes de Noviembre? Se-  
 »guramente es esta una culpa, que no  
 »perdonara con facilidad otra madre  
 »que no fuese la mia. Jamas, sin em-  
 »bargo, he necesitado tanto de vues-  
 »tro cariño, y de vuestra indulgen-  
 »cia; y si he dilatado aseguraros de  
 »todos mis sentimientos, no han si-  
 »do por esto menos vivos, ni menos  
 »sinceros; pero arrebatado de una pa-  
 »sion irresistible, no sabia como con-  
 »fesaros, que hallándome resuelto á  
 »sacrificarlo por ella todo, no conser-

»vaba esperanza de obedeceros, sino  
»en cuanto me dispensaseis del sacri-  
»ficio de separarme del objeto de mis  
»mas tiernos afectos. Fui hecho pri-  
»sionero en Dresde, como lo habreis  
»sabido por la carta que escribí á mi  
»padre, he permanecido cerca de dos  
»años en los subterráneos del empe-  
»rador, hasta que cangeado en el mes  
»de Diciembre último, pedí encami-  
»narme por Hamburgo. Lo único que  
»me quedaba, puesto que los enemi-  
»gos me lo habian quitado todo, era  
»mi letra para Mr. Alchman, y fui  
»derecho á su casa. Costóle mucho  
»trabajo conocerme, tan mudado es-  
»taba; pero al fin se acordó de mis  
»facciones, y la carta de mi padre,  
»cuya letra conocia muy bien, le ins-  
»piró confianza para pagarme mis dos

» años de asistencias, advirtiéndome  
» que no sería bueno llegase á saber-  
» se que yo tenía una suma tan cre-  
» cida para un soldado. Tomé su con-  
» sejo, y marché casi con el mismo  
» vestido; mas antes de salir de Ham-  
» burgo escribí á mi padre, y como  
» siempre había tenido deseo de ver á  
» Leon, atravesé la Suiza y los Alpes,  
» y volví á Francia por el puente de  
» Beauwisin, de donde pasé á Leon.  
» No os pintaré las dolorosas sensa-  
» ciones que experimenté al ver aque-  
» lla ciudad, tan floreciente otro tiem-  
» po; vi por tierra los mas hermosos  
» edificios, desiertos los talleres, el  
» rencor inveterado de los dos parti-  
» dos, armados siempre uno contra  
» otro; y no oía hablar mas que de  
» asesinatos, y de prisiones. Partí,

» pues, de aquella infeliz ciudad, des-  
 » pedazada el alma, y con mas prisa  
 » que habia venido; pero las fúnebres  
 » ideas que me habia causado aquel  
 » teatro de nuestras disensiones civi-  
 » les, me habian inspirado tan pro-  
 » funda misantropía, que determiné  
 » viajar solo, y recorrer las montañas.  
 » Metíme, pues, en la parte septen-  
 » trional del Delfinado, donde encon-  
 » tré hombres que no tenian idea al-  
 » guna de las voces nuevas; que ape-  
 » nas sabian de la revolucion, y que  
 » asi en lo moral como en lo físico,  
 » vivian, al parecer, encima de las  
 » tormentas. Anduve muchos dias va-  
 » gando de una en otra aldea, hasta  
 » que en la noche del 9 al 10 de No-  
 » viembre, época que no olvidaré ja-  
 » mas, me perdí tan completamente,

„que era ya media noche cuando oí  
 „un reloj que me hizo conocer esta-  
 „ba cerca de un lugar. Caía una nie-  
 „ve deshecha que pasaba de frío, y  
 „yo no habia comido desde medio  
 „día; por manera que tuve grandí-  
 „sima alegría divisando una luceci-  
 „ta que me guió á una cueva, don-  
 „de habia una velada. (Aquí contaba  
 „Roberto á su madre la escena de su  
 „llegada á Valarzon; y luego añadía:)  
 „Vi un ángel de beldad, de talento,  
 „y de gracias; y desde aquel instan-  
 „te voló mi corazon á encontrar el  
 „suyo, y sentí que la amaba para  
 „siempre. Seis meses han pasado, y  
 „cada día la amo mas, y estoy irre-  
 „vocablemente decidido á sacrificar-  
 „lo todo á la dicha de vivir próximo  
 „á ella. No la he descubierto quien

„soy; desfruto de la felicidad supre-  
 „ma de no deber su amor mas que á  
 „mí mismo, pues que me juzga po-  
 „bre, y de nacimiento igual al suyo,  
 „habiéndola persuadido que mi pa-  
 „dre era viñador. Es hija del moli-  
 „nero de Lieursaint, viuda á los diez  
 „y seis años, de un marido cuya me-  
 „moría no olvida, y tiene un niño  
 „que está criando. Me ha costado su-  
 „mo trabajo hacerla renunciar de la  
 „resolucion en que estaba de no vol-  
 „verse á casar; pero su abuela, á quien  
 „ama y venera, me ha dado su pala-  
 „bra de que la vencerá á darme su  
 „mano acabado el año del luto. Veo  
 „con impaciencia acercarse este ins-  
 „tante sin poder explicar lo que pa-  
 „sa en mí; y os suplico, madre mia,  
 „que me remitais vuestro consenti-

„miento, y alcanccis el de mi padre,  
 „para que no falte nada á mi ventu-  
 „ra. No temais que mi compañera os  
 „haga sonrojar, cuando yo tenga la  
 „dicha de presentárosla; la casuali-  
 „dad ha querido que se reuna en ella  
 „todo para llenar mis deseos: junta á  
 „las costumbres puras de la aldea la  
 „mas fina educacion, como que se ha  
 „educado con la señorita de Senange,  
 „cuyo padre es señor de Lieursaint;  
 „y os afirmo que entre nuestras damas  
 „de nuevo cuño, no hay ninguna dig-  
 „na de compararse con ella, ni hu-  
 „biera parecido mal en las mas bri-  
 „llantes concurrencias de los tiempos  
 „anteriores á la revolucion. En fin,  
 „estoy seguro de que amareis á mi  
 „Elena, porque me amais, y porque  
 „ella es merecedora de vuestro cari-

«ñó. Espero vuestra respuesta, ma-  
 »dre mia, con la mayor ansia, para  
 »saber que me perdonais un silencio  
 »demasiado largo, y que ni vos, ni mi  
 »padre os oponeis á mis deseos. Re-  
 »cibid los dos la expresion del res-  
 »petuoso afecto de vuestro hijo

*Roberto, voluntario de la  
 brigada 17.<sup>a</sup>, en Va-  
 larzon, cerca de Gap,  
 en el Delfinado.”*

Despues de escribir esta carta, se sintió nuestro héroe muy aliviado, porque le habia costado mucho pasar tanto tiempo sin noticiar á su madre su vuelta á Francia. La amaba con extremo, y jamas hubo madre que mas mereciese el respeto y el amor de su hijo: tambien estimaba á su padre;

pero nunca le habia inspirado aquella tierna confianza que tenia en su madre , por cuanto era un hombre imperioso , amante de los placeres , y del fausto ; mas poco capaz de los suaves sentimientos de la naturaleza. No apreciaba cosa alguna como á su mujer , y sin embargo la habria sacrificado á la primera querida , que le hubiese encaprichado : por último , era lo que llaman en el mundo , un hombre de prendas ; pero no poseía ninguna de las que son propias de un respetable padre de familia. Roberto estaba persuadido de que no le daría su consentimiento ; mas tenia veinte y un años , y podia pasar sin él ; solo el de su madre deseaba , porque despues de Elena , era lo que mas amaba en el mundo.

## CAPÍTULO XIII.

*Fiestas.*

La vida del hombre es un punto en la eternidad, y no obstante cuenta con soberbia algunos años que pasa en esta tierra de dolor: sus proyectos se extienden mucho mas allá del término que la naturaleza puso á su existencia, y llega al fin sin recelar que acaba la carrera; pero no es la muerte el mayor mal que le aguarda. La ancianidad y las enfermedades son mas dolorosas que el momento que las termina: el curso insensible del tiempo destruye, aniquila todas las potencias del hombre, y reducido á una situacion inferior á la de los animales,

ya no existe mas que en pensamiento, obscurecido aun este, y semejante al sol en la estacion de las nieblas, quando sus rayos rompen apenas las nubes que las encubren. En tal estado, el hombre inútil para los demas, se ve con frecuencia inhumanamente abandonado de ellos; pero este delito, porque la ingratitude merece tal nombre, es mucho mas comun entre las naciones salvages, que en los pueblos civilizados. Aquellas hordas no estiman al hombre sino por su fuerza fisica; el que no puede ya defenderlos, ni defenderse, les parece un peso inútil en la tierra; y sus propios hijos dan fin á una vida, que juzgan ya solo compuesta de penas y de dolores. En nuestras sociedades se deja que acabe tristemente el caduco anciano:

mas ¡ay! ¡cuantos disgustos emponzoñan sus postreros dias! Míranle cual sino existiese; huyen de él, y si el interes ó el respeto humano, exigen todavía algun miramiento, ¡con que facilidad se advierte que no nãce del corazon! ¡Ah! ¡que duro es sobrevivir de esta suerte al cariño de los que amamos! ¡y que tristes deben ser los dias que hay entrè este abandono, y el sepulcro! Sin embargo, hay seres privilegiados que conservan el fuego celestial en un cuerpo medio deshecho, é inspiran veneracion y amor á cuanto les rodea: sensibles por memoria, sino lo son ya por sensacion, compadecen con bondad los daños que causan las pasiones que ya no experimentan; y la alegría de sus hijos, llama todavía la sourisa á sus labios sin

color , al paso que agradecidos á los cuidados que tienen con ellos , cuanto menos piden , estan mas seguros de que no serán olvidados. Asi era la buena Margarita : su corazon maternal habia sobrevivido á los años ; y por tanto hallaba en sus nietos , y en sus biznietos , el mismo respeto , y el mismo cariño que sus hijos la habian mostrado , como si la naturaleza hubiese querido resarcirla de su pérdida , y libertarla de la soledad , compañera de una larga vida , haciendo renacer continuamente corazones dispuestos á amarla.

Dos dias célebres , el primero del año , y el de Santa Margarita , reunian en rededor suyo á todos los de la familia , que moraban en la provincia ; y aunque habia muchos demasiado

distantes del Delfinado para venir á estas dos fiestas , no por esto dejaban de reunirse en gran número, especialmente por Santa Margarita , que se celebraba en Valarzon el día 16 de Agosto. Acercábase esta época, doblemente interesante para los que amaban á Margarita , porque era al mismo tiempo su cumpleaños , y el actual iba á presentar casi un fenómeno , mostrando á la tierra la virtud recompensada con un siglo de ventura , y rodeada de una posteridad numerosa , que venia á rogar al cielo prolongase todavía una carrera que ya habia excedido del término prescripto á la vida humana. Como era verano , cuando la naturaleza prodiga sus beneficios á sus verdaderos amigos , y les hace desfrutar de la abundancia,

fruto de sus fatigas , debian llegar muy presto los hombres , las mugeres , y sus tiernos hijos , para quienes, en aquel hermoso tiempo, eran practicables los caminos , cargados con los presentes de Pomona y de Flora : homenaje digno por cierto de su interesante abuela.

Mas de un mes hacia que Elena y Roberto estaban ocupados con los preparativos de aquel gran dia : el bosquecillo debia adornarse con guirnaldas , é iluminarse con vasos de colores, espectáculo nuevo en Valarzon, con que se complacian en sorprender nuestros jóvenes á los buenos habitantes de la aldea. Es de pensar que en estas dulces ocupaciones hallaba su cuenta el amor : ora imprimia Roberto furtivamente un beso en la mano

de su amada ; ora fingia que se caia de una rama , para que la tímida Elena corriese á detenerle , y descubriese así á sus indiscretas miradas nuevos hechizos , escondidos con tanto esmero ; ora con el pretexto de que no sabia enlazar una guirnalda con tanta gracia como la reina de su corazon , la hacia subir á un altillo ; si ella no alcanzaba la suspendia para elevarla , y rodeaba aquel hermoso cuerpo con sus brazos. Entonces sentia como palpitaba su pecho ; Elena decia que era de miedo , y Roberto no dudaba que fuese de placer.

A estos dias de libertad sencilla , sucedieron otros en que les era imposible estar ni un instante solos , porque se habia juntado toda la familia , y Elena ocupada en hacer los hono-

res de la casa de Margarita á sus tíos, á sus tías, á sus primos, y á sus primas, no tenia un momento suyo. Habia suplicado á su abuela que no dijese nada del proyecto de casarla con Roberto; y en efecto, la guardó el secreto; pero viendo sus parientes en casa de su madre á un jóven que al parecer vivia en ella, sospecharon que era un novio para Elena, y muchos la dijeron algunas chanzas, á que ella respondia con una turbacion que confirmaba las sospechas. Por lo mismo deseaba que se acabasen presto las fiestas; y á pesar de las atenciones que manifestaba á la familia de su padre, hallaba en ellos modales tan diferentes de las de las gentes del castillo de Lieursaint, donde se habia criado, y sobre todo de las de Rober-

to , que la costaba suma violencia no dejar conocer su tedio , y su repugnancia. Ellos por su parte la hallaron fria y reservada , lo cual no les disponia en su favor, tanto mas cuanto tenian celos del tierno cariño que Margarita la mostraba , aunque no se determinaba á descubrir su descontento á las claras.

Llegó por fin el dia de la fiesta. Elena engalanó á su abuela con sus mejores vestidos ; un espléndido desayuno reunió á todos sus hijos; y despues fueron á la iglesia. Llevaron á Margarita entre Roberto , y tres de los nietos , y la colocaron en el coro: comenzó el oficio divino , en que el cura hizo un tierno discurso sobre los bienes que proporciona en la ancianidad una vida virtuosa. Todos los

ojos , bañados en llanto , se volvian á Margarita : la turbacion de Elena no podía ser mayor : la pintura de la muger que jamas faltó á sus obligaciones , y que se adelanta con paz y con dignidad hasta el término postremo de la vida, la hacia ver aquel momento doloroso que habia de separarla de su abuela ; y volviéndola á tristes reflexiones sobre sí misma, la causaba una afliccion que advirtieron sus parientes. Reprendiéronla , y procuró vencerse ; mas la quedó una cierta impresion de melancolía , que la fiesta no bastó a desvanecer. Margarita , por honrar á su patrona, y por la idea de que la quedaban pocos dias que vivir , deseó acercarse al sacrificio del altar , y permaneció , despues de esta ceremonia augusta , largo ra-

to en oracion , y sus hijos se juntaron con ella. Volvieron á casa en el mismo órden , y la comida , á que asistieron el cura , el alcalde , y la familia de Matias , se sazonó con los chistes de la buena anciana , que parecida á una lámpara próxima á apagarse , que da luz mas clara , se mostró mas amable que nunca. A los pestres cantaron , y tomando Roberto su flauta acompañó á Elena este romance , compuesto por él.

## ROMANCE.

1.<sup>a</sup>

Por amor es hermosa la vida,  
 Todo el orbo se abrasa en su llama;  
 Y de flores , que al prado derriama,  
 Sus cadenas artero cubrió.

No hay ventura sin amante herida,  
 Amar manda á los hombres el cielo;  
 Y en cadena de amor en el suelo  
 A los hombres de quiera juntó.

2.<sup>a</sup>

Primero de amor nace hermoso,  
 Y hácia el hijo de padre amor santo,  
 Y amor hace correr vuestro llanto,  
 Cuando tierna sentís compasion.

Mas si viven en lazo dichoso,  
 A sus leyes dos pechos rendidos,  
 En ardiente delirio perdidos,  
 A los dioses iguales ¡ay! son.

3.<sup>a</sup>

En una alma los dos ya respiran,  
 Siempre juntos en plácido abrazo,  
 Y á la par del vivir roto el lazo,  
 Que á cortarles bastara el dolor.

Y en su tumba llorando suspiran,  
Envidiando su muerte, y su fuego,  
Los que heridos del infante ciegõ,  
Presos viven en redes de amor.

Despues de comer se comenzó el baile. Las ventanas del lado del jardin habian estado siempre cerradas; hízolas abrir Roberto, y se descubrió el bosquecillo iluminado con vasos de colores, y la cifra de Margarita en transparente. Los buenos habitantes de las montañas miraron este festejo de Roberto como cosa de encanto, y Margarita que no habia visto nada semejante en su vida, se llenó de gozo, y dijo: ¡solo mi hijo Roberto puede haber hecho tan gracioso adorno! Oyéronse en esto las gaitas y los violines, y todos los jóvenes de

ambos sexos entraron cargados de flores , con que rodearon á la buena madre. No sabia á quien volverse; todos la abrazaban, y deseaban poderla festejar muchos años todavía: ella se hallaba en una especie de éxtasis que daba á su semblante un aire celestial; sus sentidos, embotados de la edad, volvian, al parecer, á renovarse para que disfrutase completamente de los placeres que reunian en torno de ella: ¡que hermosas flores! decia, su olor me causa una sensacion que habia perdido ha ya mucho tiempo. Esos graciosos fuegos de color recrean mi vista , como lo hacia en mi juventud el poner del sol; y el sonido de esos instrumentos me arrebatava de tal manera , que siento no poder mezclarme con vosotros en las danzas. Experi-

mentando estas sensaciones, que no me conmovieron en tantos años, siento tambien palpar con mas viveza mi corazon, y mi ternura parece que aumenta mi felicidad. ¡Elena! ¡querida Elena! tengo muchas cosas que decirte á ti y á tu amigo. Llámale, pues, y venid los dos junto á mí, en tanto que los demas bailan; luego os reunireis con ellos; pero tengo fundados motivos para no dilatar esta conversacion.

## CAPÍTULO XIV.

*Sueño.*

**E**l acento con que pronunció Margarita estas palabras tenía un aire solemne que causó novedad á Elena: avisó á Roberto que su abuela le llamaba; y luego que llegaron los dos, les hizo aquella muger venerable poner de rodillas, cada uno á un lado, y les habló en estos términos:

»Todavía vivo, mas es posible que no me quede ya mas que un mes, un dia, una hora. Roberto, te entrego á Elena como el depósito mas precioso que pudiera confiarte; y tú, Elena, cesa de oponer preocupaciones ridículas al amor que este excelente jó-

ven te inspira ; pues que lejos de ser una accion reprehensible en una viuda jóven , volver á dar su mano , la aprueba la iglesia misma. Prométeme , pues , sino se alarga mi vida bastante para ver acabado tu luto , que serás de Roberto luego que concluya ; prométemelo , á fin que no turbe cosa alguna mis momentos postreros.” — ¿ Por que quereis , madre mia , emponzoñar la alegría de esta fiesta , presentándome la imágen mas dolorosa ? — “ No debe serlo para vosotros , hijos míos , y en mi edad no es la muerte un mal ; pero no intentes eludir la promesa que te pido ; es precisa para mi descanso.” Roberto con toda la impaciencia de la mas violenta pasion , esperaba la respuesta de Elena ; y con sus miradas , en que se pintaban el amor y

el miedo, la suplicaba que asegurase su felicidad. Elena, dividida entre el deseo de conformarse con la voluntad de su abuela y su corazón, que no la cegaba hasta el extremo de que olvidase el obstáculo que impedía su dicha, se explicó al fin de esta manera: os juro, madre mía, por el respeto, y por el cariño que os tengo, que será Roberto árbitro de mi suerte. Al oír esta palabra, acerca su amante los labios á su mano, que Margarita habia unido con la de él; y esta buena madre los aprieta contra su corazón, los abraza, los bendice, y exclama: ¡ya estoy contenta, y moriré sin dolor ni turbación! no obstante, no es mi ánimo, amado Roberto, que pienses que mi Elena no te ha de llevar nada con su mano: he hecho tes-

tamento; esta casa, y los vergeles unidos á ella, son suyos; y ademas una suma de seiscientos duros que me han vuelto dos meses despues del incendio de Matías, y le he prestado por cuatro años: con esto, hijos míos, siendo, como sois, juiciosos y trabajadores, haréis una buena casa. Cuanto hay aqui es fruto de mis economías, y mis demas hijos estan establecidos, y no necesitan de esta habitacion. ¡Ah! no olvideis que quiero que me entierren en el jardin; alli, señalando el bosquecillo donde estaba en el aire su cifra, ¡y plegue al cielo que vengais los dos á hablar de vuestra ventura sobre mi sepulcro! Pero no os quiero privar mas tiempo del gusto de bailar. Id, amigos míos.—¡Estamos tan bien á vuestro lado!—Luego nos vol-

veremos á ver. Mina, Elena, haz mas acá esa guirnalda, pásamela por los hombros para que perciba mejor la fragancia de las flores. Roberto y su amada juntaron en rededor de ella todos los ramos. Me parece, dijo, que voy á dormirme; siento pesados los ojos; mas por eso no dejeis de bailar; entre sueños es mas suave el ruido de los instrumentos, y se dilata el placer: besáronla en la frente, y fueron á mezclarse entre las danzas de la juventud mas viva. Roberto habria deseado que Elena le repitiese la promesa que le habia hecho; pero ella evitó hallarse sola con él.

Pasada ya una hora ó dos vuelve Elena, temiendo que su abuela esté cansada de dormir tanto en su sillón, con intencion de proponerla que se a-

cueste antes de cenar. Acércase; la ve quieta, cerrados los ojos, y las manos juntas sobre el pecho: mírala con atencion, y parécela que no respira. Un susto mortal oprime su alma: ni tiene aliento para procurar confirmar ó desvanecer sus temores; llama á una de sus tias, que tomando la mano de su madre, la encuentra helada. Elena, que con los ojos fijos en sus movimientos, conoce harto ya que no queda ninguna esperanza, da un grito, y cae á los pies de su madre. Acude Roberto, ¡que espectáculo tremendo para su alma sensible! Ve á su amada sin sentido, y á su generosa protectora sin vida: mas luego que se ha asegurado por sus propios ojos, y por la relacion de la hija de Margarita, de que todos sus

cuidados son vanos , no piensa mas que en Elena , y separándola de la que amaba como madre , la lleva , ayudado de uno de sus primos , á su aposento , donde la vuelve á la vida , y al dolor. Para conocer cuan amargo era , seria preciso ver el corazon de la pobre Elena , y saber su situacion , que nadie en Valarzon sabia. ¡ Ah , Roberto ! dijo abriendo los ojos , ¿ es verdad que la he perdido , y que ya solo vos me quedais en el mundo ? Él no la respondió mas que con sus lágrimas. ¡ Quiero verla otra vez ! exclamó arrojándose fuera del lecho ; y entró , á pesar de los ruegos de su amante , en el aposento de Margarita , á quien acababan de poner sus hijas en el lecho mortuario. El cura , á quien avisaron , estaba diciendo oraciones , y toda la

familia anegada en llanto. Solo Elena no lloraba: adelántase hácia aquellas reliquias preciosas, y levanta el velo que cubria su cabeza, y luego apegando sus labios á aquella parte, do todavía dura impresa la señal de las virtudes que poseia su admirable abuela: ¡ó madre mia, la dijo con acento desesperado, ahora ya sabes lo que se oponia á la promesa que me exigistes: ahora juzgas de mí; perdóname; y si mis desventuras te compadecen, llámame á ti, te lo ruego, y únanse nuestras cenizas como estaban unidos nuestros corazones! Reinaba en todos tal turbacion, que no comprendió nadie el sentido de estas palabras. Elena, despues de pronunciarlas, se arrodilló junto al lecho de muerte, y permaneció alli toda la no-

che, sin que consintiese hasta la mañana en tomar alimento, y esto por amor á su hijo, cuya vista aliviaba su pena. Derramó algunas lágrimas que ensancharon su corazon; y despues se leyó el testamento que daba posesion á Elena de la casa de Valarzon, y de la deuda de Matías. Como los demas herederos tenian conforme á la ley, que su madre hubiese dispuesto de mas, no se quejaron de esta muestra de gratitud á la que habia cuidado de sus últimos dias. Cumpliósese tambien la voluntad de la testadora, en cuanto al lugar de su sepultura: y habiendo bendecido el cura la tierra donde queria ser depositada, colocaron sus frios miembros en el mismo bosquecillo donde gozó de la última primavera. Roberto le cer-

có de flores , y todos los dias iba allí Elena á orar , y á derramar lágrimas.



## CAPÍTULO XV.

*Cerca está la felicidad.*

Elena amaba á Roberto, y el hábito habia fortificado mas el sentimiento que la unia á él : así , pues , no hubiera podido verle , sin dolor , pasar á otro alojamiento ; pero la decencia no consentia que una viuda de diez y seis años viviese sola , bajo un mismo techo , con un mancebo de veinte y cuatro. Propuso , por tanto , á una de sus primas , que habia sido religiosa , y á quien los decretos pre-

cisaron á dejar el claustro, que viese á vivir con ella. Era una mujer de treinta y cinco años, de sano juicio, cuyo entendimiento se habia ejercitado en la misma vida monástica, al paso que se habian afinado sus modales; y así era la única parienta, cuya compañía pudiera ser agradable á Elena. Esta para hacerla dejar el albergue paternal, la aseguró, por su vida, habitación en su casa, un vergel; y si moria antes, la renta de los seiscientos duros, conservando la propiedad de todo para su hijo, y los que pudiese tener. Habia consultado sobre este plan á Roberto, que le aprobó, y la buena religiosa agradeció infinito lo que hacia su prima en su beneficio. Firmóse la escritura aquella misma tarde; pero lo hicieron secre-

tamente en casa del escribano, que no la leyó á la primera; bastábala saber que existia. Tres dias despues se volvieron á sus domicilios los parientes de Elena, dejándola confiada al cuidado de Eulalia y Roberto. Tenia este demasiada delicadeza para acordar á Elena su promesa á su abuela pocos momentos antes de morir; esperaba que aliviando su dolor, restituyese al amor sus derechos; y entre tanto se dedicaba á merecer la confianza y el afecto de Eulalia, á quien agradaban mucho sus talentos y sus modales. No tardó esta digna amiga en conocer que su prima tomaba un tierno interes por Roberto, y no pudo dejar de aprobar su eleccion, tanto mas cuanto no era el amor desconocido de su corazon, pues él habia sido el primer móvil de

su vocacion religiosa. El hijo del dueño de la hacienda que tenia su padre en arriendo la habia amado con passion; y Eulalia no habia podido resistir á la impresion que él hizo en su alma; pero habiendo sabido que al propio tiempo que la prometia por término de sus sentimientos un matrimonio honroso, hacian sus padres publicar sus amonestaciones en Gap con una hija de un caballero, se retiró desengañada á la abadía de Santa Catalina, en Languedoc, donde tomó el hábito. Largo tiempo se acordó con dolor de un pérfido, que la habria perdido; pero al cabo la curaron el tiempo, y en especial la razon; y era amantísima de las obligaciones de su estado, cuando las leyes la obligaron á volver al mundo, de que

casi no se acordaba. Fue la otra vez preciso valerse del auxilio de la resignacion cristiana para sobrellevar tal mundanza, porque quince años de compañía con amigas que habian recibido todas una educacion igual, la hacian muy amable su retiro, al paso que la repugnaban las costumbres respetables, pero rústicas, de sus padres. Vióse, pues, con summa satisfaccion en union con Elena y Roberto, que tenían la finura propia de las personas bien educadas; esta corta sociedad era la que convenia; y pensando que algun dia serian esposos, se creia dichosa en pasar sus dias con aquel par amable y virtuoso, y en ayudarles á criar los hijos que les diera el cielo. Ya iba conociéndola el tierno Federico, y pasaba sin sentirlo de los brazos de

Elena á los de ella; y la madre tan desventurada como cariñosa, veía con una dolorosa complacencia que si llegase á faltar, tendría su hijo otra madre en Eulalia. Pensar á los diez y seis en la muerte, y casi desearla, prueba infortunios bien crueles; y tales eran los que oprimían á la pobre Elena. Concluía el año de su luto, y Roberto pensó que ya podía recordarla su promesa. No la he olvidado, dijo Elena, y la cumpliré: seréis árbitro de mi suerte. — ¡Pues bien! querida y tierna amiga, mañana dejais ese negro vestido: ¿quien estorbará que el día siguiente hagamos extender el contrato? Soy mayor de edad, y de aquí á cuatro días puedo ser el mas venturoso de los mortales. — No entendéis, amado Roberto, el sentido de

mis palabras: con decir que sereis árbitro de mi suerte, no quiero decir que hemos de unirnos. — ¡Como! exclamó Roberto, ¿que poder en la tierra podrá impedirle? — Vos, solo vos, amigo mio. — ¿Yo? — Sí, vos mismo, y no podré quejarme. — ¡Que turbacion me causais....! ¡Ah! ¡Elena! ¿que placer hallais en atormentar un corazon que no respira mas que por vos? — ¡Ay! el cielo es testigo de que no hay sacrificio que yo no hiciera por veros feliz: mas vos solo podeis juzgar si es dable que lo seais conmigo, despues de saber mi fatal secreto: á lo menos no dudareis de mi afecto cuando le descubro únicamente por vos: sí, por vos solo, pues que no le he dicho ni aun á mi venerable abuela. — ¡Ah! ¡Elena mia! ¿para que necesito saber

nada? Me amais, os amo; todas las conexiones que fundan la felicidad existen entre nosotros. — Seria imposible que os casaseis conmigo, sin saber antes.....

He escrito, pues, esta narracion dolorosa; no tenia ánimo para hacerla de palabra; os la entregaré mañana, y os lo repito, seréis árbitro de mi suerte. — ¡La mía será de ese modo completamente dichosa! Eulalia, que entró en aquel momento, hizo cesar esta conversacion, y nuestros amantes estuvieron un rato callados. — ¿Os molesto acaso? dijo Eulalia. — No, amiga mia, respondió Elena, jamas, jamas; y debeis tener bastante satisfaccion de mi cariño para estar cierta de que no podeis hallaros de mas entre nosotros. — No me habria

atrevido, respondió la prima, á hacer ninguna pregunta; pero el interés que me inspiráis me hace desear que sean verdaderas mis conjeturas. No creo que serán erradas, repuso Roberto; mas vuestra amable prima me hace esperar ya muchos meses, la determinacion de que depende la felicidad de mi vida. — Vos decidireis, amado Roberto. — Pues bien, prima mia, dijo él, asiendo de la mano á Eulalia, presto asistireis á la boda. — Tendré en ello, os lo aseguro, muchísimo gusto.

Pasaron la tarde en dulce intimidad, y Roberto, á pesar de lo que le habia dicho Elena, no podia discurrir que ninguna cosa le impidiese ser su esposo. Lo único que le incomodaba era no recibir contestacion de su

madre : mas por la mañana temprano pidió á Elena su importante escrito, que debia decidir de su destino ; entregósele ella temblando; le tomó, seguro de que no causaria variacion alguna en sus ideas ; y sentándose á la sombra de los verdes árboles que rodeaban el sepulcro de Margarita, leyó el manuscrito que contenia el secreto de Elena.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE.

|                                                       |        |
|-------------------------------------------------------|--------|
| CAPÍTULO I. <i>La velada....</i>                      | pág. 5 |
| CAP. II. <i>El aparecido.....</i>                     | 16     |
| CAP. III. <i>El otro día.....</i>                     | 28     |
| CAP. IV. <i>El soldado.....</i>                       | 41     |
| CAP. V. <i>La simpatía.....</i>                       | 60     |
| CAP. VI. <i>Van entendiéndose.....</i>                | 71     |
| CAP. VII. <i>El precipicio.....</i>                   | 83     |
| CAP. VIII. <i>Las costumbres de la<br/>aldea.....</i> | 100    |
| CAP. IX. <i>La declaracion.....</i>                   | 108    |
| CAP. X. <i>El incendio.....</i>                       | 118    |
| CAP. XI. <i>Beneficencia.....</i>                     | 132    |
| CAP. XII. <i>Resolucion.....</i>                      | 145    |
| CAP. XIII. <i>Fiestas.....</i>                        | 161    |
| CAP. XIV. <i>Sueño.....</i>                           | 176    |
| CAP. XV. <i>Cerca está la felicidad.</i>              | 185    |















